

louis g. milk

ESCALADA AL COSMOS

LOUIS G. MILK

Escalada al cosmos

Ediciones TORAY,

Arnaldo de Oms, 51-53 — Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151 — Buenos Aires

Dep. Legal: B. 42.449 – 69

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Plutón orbitaba a seis mil millones de kilómetros del Sol. En el silencio de la noche cósmica, el planeta seguía su trayectoria inmutablemente, como había sido desde el principio de los siglos.

Pero si en el principio Plutón había estado vacío, frío y muerto, cubierta su superficie por gases helados, ahora, al cabo de millones de años, se había producido algo que había cambiado el planeta.

Plutón seguía siendo un mundo frío y cubierta su superficie, en su mayor parte, por gases helados. Pero ya no estaba vacío ni muerto.

Altos riscos, de negrura sin fin, moteados por el blancor de los gases congelados, que ofrecían el aspecto de gigantescos glaciares, se recortaban contra la noche eterna del espacio. A los lejos, el Sol semejaba una estrella más de las que constelaban el firmamento con sus luces de mil colores.

En el fondo del amplio valle, se veían luces, máquinas, objetos brillantes, astronaves, actividad… Un relámpago rojo brilló unos momentos cuando una nave de aprovisionamiento, vacías ya sus bodegas de carga, despegó con órbita a la Tierra, contemplado su despegue por algunas docenas de personas que, enfundadas en sus trajes de vacío, agitaban su mano en señal de melancólica despedida.

Jell Kraus también agitó la mano, aunque sabía que los tripulantes que regresaban a la Tierra no le iban a ver. Pero le hubiera parecido imperdonable no hacerlo.

Era la última nave que zarpaba hacia la Tierra. A partir de aquel momento, cuantos seres humanos se encontraban sobre la superficie

de Plutón, quedaban abandonados a su suerte.

A Kraus le impresionó saber que habían roto sus últimas ataduras con el planeta madre. En los últimos tiempos, habían tenido relaciones con la Tierra a razón de una astronave semanal. La última acababa de despegar.

Era ya un puntito rojizo que se alejaba rápidamente hacia aquel diminuto disco amarillo que se llamaba Sol. Dentro de cinco meses, a razón de unos cuarenta millones de kilómetros diarios, la nave habría llegado a su destino.

¿Dónde estarían ellos entonces?

Cinco meses era un espacio muy corto o infinitamente largo, según se mirase. Lo cierto era que ya se estaban dando los últimos toques para la operación «Cosmos».

Las tres naves, afiladas, relucientes, descansaban en el cosmódromo construido a lo largo de años enteros de trabajos y sacrificios. Un gran campamento se había establecido en el valle plutónico y allí residían cuantos iban a formar parte de la expedición.

Trescientos. Ciento cincuenta hombres, ciento cincuenta mujeres. Cincuenta parejas por nave.

Y el Cosmos en frente, retándoles con el enigma de su oscuridad no disipada todavía.

Kraus no tenía aún su pareja. No era el único, por otra parte.

Ya le llegaría el tiempo, pensó, mientras, martillo en mano, la bolsa de carga pendiente del hombro izquierdo, se alejaba maquinalmente del campamento.

Alcanzó un elevado risco y volvió la cabeza unos instantes. Se preguntó si no se habría alejado demasiado del cosmódromo. Estaba a unos cuatro kilómetros de distancia y no le gustaría crear conflictos al almirante Yuvanov, jefe de la expedición.

«Bueno, un kilómetro más, poco importará», pensó.

Y siguió andando.

De repente, cuando apenas habría recorrido trescientos metros, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Una chispa de luz que se desplazaba en el espacio.

¿Un meteorito? No, imposible; la atmósfera de Plutón estaba congelada y no había por tanto efecto de fricción que provocase la incandescencia del cuerpo celeste.

Era la última nave de carga… ¡Pero no! Aquel puntito luminoso venía precisamente de una dirección opuesta.

¿Qué era?, se preguntó Kraus.

El suelo tembló bruscamente.

Kraus se alarmó. Un hondo rugido pareció brotar de las entrañas de la tierra, a la vez que el suelo se estremecía y vibraba con fuerza.

Tenía la radio conectada. Oyó gritos, chillos de pavor…

Volvió la cabeza. Sintió un pánico infinito.

El suelo del campamento se abría en una larguísima grieta, de fondo hirviente, y de la que brotaban potentísimos chorros de gases lanzados con enorme presión al exterior.

Kraus se sintió oscilar con fuerza. El suelo sobre el que se posaban sus pies parecía el de un botecillo en medio de un mar embravecido.

Una sacudida más fuerte que las otras le tiró de espaldas. Hizo una contorsión y procuró adoptar una mejor postura.

Cerca de él, se derrumbó un enorme lienzo de roca, de más de cien metros de alto, por otro tanto de anchura y veinte o treinta de grosor. El gigantesco bloque empezó a caer por la ladera de la montaña, fragmentándose a cada sacudida.

La grieta se ensanchaba con inigualable rapidez. Aturdido, Kraus pudo ver una hirviente masa de lava, del que, en ocasiones, brotaban altísimos chorros de piedra fundida, envueltos en gases ardientes, que no tardaban, sin embargo, en congelarse, dada la bajísima temperatura exterior.

El gran bloque desprendido de la montaña continuó fragmentándose. Provocó un espantoso alud de piedras, que descendió con furia incontenible hacia el valle, arrasando cuanto encontraba a su paso.

Hombres y mujeres trataban de huir de aquella catástrofe, sin conseguirlo. Perecían aplastados por las piedras que caían de la montaña o abrasados por los chorros de lava despedidos a gran distancia o se caían dentro de la grieta, cuya anchura era cada vez más pronunciada.

Las naves oscilaban como arbolillos sacudidos por el vendaval. Una de ellas cayó, rodó y se sumergió en el infierno de lava, del que brotaron grandes cascadas de piedra en fusión.

Se oían truenos y estampidos que ensordecían. De repente, una

sacudida del suelo pareció golpear a Jell en el estómago y lo tiró a un lado.

Jell empezó a rodar por la ladera opuesta. Intentó hallar un asidero, pero no lo encontró. Rodaba y rodaba, mientras veía que las rocas parecían haberse convertido en el líquido de un mar encolerizado. Todo oscilaba y bailaba delante de sus ojos y sus tímpanos estaban atronados por el fragor que se producía a su alrededor.

De repente, sin saber cómo, dejó de ver y de oír y de sentir. Las imágenes desaparecieron de sus ojos y se alejaron los sonidos y ya no percibió ninguna otra sensación. La noche más oscura cayó sobre su mente.

* * *

Abrió los ojos sin saber cuánto tiempo había pasado.

Lo primero que pensó, sintiéndose dentro del traje de vacío, fue que se había quedado dormido en su excursión geológica.

Sentose de un salto y consultó el cuadro de mandos que tenía en el pecho. Disponía de oxígeno para un par de horas todavía la batería que accionaba el sistema de climatización interna del traje podía durarle otro tanto, por lo menos.

En tal caso, no era problema regresar al campamento. Kraus se imaginó la bronca que le iba a echar el almirante Yuvanov. Había estado más de seis horas ausente del campamento.

Entonces, súbitamente, recordó lo ocurrido.

Pero, ¿no había sido una pesadilla?

Frunció el ceño. Una pesadilla… y estaba a quince o veinte metros por debajo de la cresta de la montaña.

¿Había rodado o no por la ladera, a consecuencia del temblor de tierra?

Sin poder contenerse, Kraus corrió hacia la cima. Era una pesadilla, era una pesadilla, se repitió incansablemente. Lo que sucedía era que había sido tan vivida, que había llegado a confundirlo con la realidad.

Alcanzó la cresta. Miró hacia abajo. Se tambaleó.

El campamento había desaparecido bajo un colosal cerro de rocas.

En el centro del valle se veía un hirviente cráter del que se escapaban grandes nubes de humo y gases, los cuales, a irnos pocos cientos de metros de altura, se congelaban y caían por los alrededores en grandes copos blancos.

En el centro del magma hirviente, divisó la punta ojival de una de las astronaves, sumergida en más de sus tercios. De las otras dos naves no había el menor rastro.

Llamó por la radio. Nadie le contestó.

Estuvo a punto de echarse a llorar.

Era el único superviviente de la operación «Cosmos». Doscientos noventa y nueve hombres y mujeres habían perecido en un santiamén.

Y con ellos, materiales que valían decenas de miles de millones se habían convertido en chatarra o en humo.

Se sentó en una roca. Así estuvo algunos minutos, reflexionando sobre la amargura de su suerte.

Bajó la vista. Consultó el indicador de oxígeno.

Viviría aún ciento cuatro minutos. No había ya más oxígeno en los depósitos de su traje de vacío.

¿Y si buscase entre las ruinas del campamento?

Había mucha gente fuera en el momento de producirse la convulsión volcánica. Alguno de ellos tendría todavía sus depósitos de oxígeno. Incluso cabía que alguien hubiera salido fuera de las cúpulas presurizados momentos antes. En tal caso, sus depósitos de oxígeno contendrían gas para casi doce horas.

«Bueno, sí, iré al campamento. Encontraré cinco o seis o hasta doce o veinte muertos. Puedo ir cambiando sus depósitos de oxígeno para que yo pueda respirar… pero aunque encontrase oxígeno para ocho o diez días, no viviría tanto.»

Aquella reflexión era acertadísima. Jell podía respirar, pero no comer ni beber sin quitarse el casco de la escafandra. Y en un mundo falto de atmósfera como Plutón, ello era imposible.

Apoyó un codo en la rodilla y el casco en la mano. Así, con aspecto de estatua, contempló melancólicamente el campamento, sabiendo que cada vuelta del segundero de su reloj era una vuelta más hacia la muerte.

Tan abstraído estaba, que no se dio cuenta de que algo bajaba del cielo y aterrizaba cerca de él, a sus espaldas.

CAPÍTULO II

Jell suspiró. Algo lanzó un destello de luz. La tierra y las rocas se iluminaron un instante.

El solitario se puso en pie de un salto. ¿Quién hacía señales luminosas?

Kraus giró sobre sus talones. ¿Otra pesadilla?

El aparato se había posado silenciosamente a menos de veinte metros de distancia. Tenía forma de disco y su diámetro era de irnos cuarenta metros, sustentado por un trípode de cortas pero robustas patas, provistas de placas de apoyo.

Jell parpadeó varias veces. ¿Qué era «aquello»? ¿De dónde había salido?

¿Una nave extraterrestre?

¿Pilotada por monstruos?

Había luces en la nave. Kraus divisó varios orificios ovalados de los que brotaba un suave resplandor ligeramente amarillo.

Alguien se movió dentro de la nave. Una silueta cruzó por delante de una de las lucernas.

Kraus dio varios pasos torpes. ¿Y si aquella nave representase su salvación?

—Aunque esté tripulada por seres de dos cabezas, cuatro brazos y siete pares de piernas —exclamó.

Un sector de la estructura de la nave se descorrió de pronto, dejando ver un hueco como de dos metros de lado, de forma cúbica, al fondo del cual se veía una mampara transparente.

Alguien le hizo señas con la mano de que se acercase. Una escalerilla surgió del costado de la nave y llegó al suelo.

Kraus efectuó una lógica deducción. No sólo por la silueta del

sujeto que estaba al otro lado del cristal, sino por la forma de la escalera y de sus peldaños, supo que los tripulantes de aquella misteriosa nave tenían una conformación anatómica muy parecida a la suya.

Subió los peldaños y entró en el hueco. La escalera se replegó y el mamparo se deslizó tras él en sentido inverso.

Kraus adivinó que se hallaba en una esclusa de aire. Miró al individuo que estaba tras la compuerta de vidrio y agitó la mano en señal de saludo. Pero entonces vio que era una mujer.

Se sintió un tanto extrañado. Si los tripulantes de la nave eran extraterrestres, ¿cómo no acudían en mayor número a ver a un terrestre?

La compuerta de vidrio se descorrió. Ella le hizo señas de que se quitase el casco.

Kraus obedeció. Aspiró el aire. Era enteramente respirable.

Un suspiro de alivio se escapó de sus labios. Ella le hizo señales con la mano de que le siguiera.

Kraus no pensaba resistirse en modo alguno. Quienquiera que fuese aquella mujer, le había salvado la vida.

Un salvamento increíble, casi un milagro… pero no por ello menos cierto.

* * *

La mujer era joven, rostro agraciado y figura bien proporcionada, aunque a Kraus, tal vez demasiado exigente, le pareció que había un ligero exceso de curvas en algunas regiones anatómicas de su cuerpo. Ella parecía contar unos veinticinco años terrestres y llevaba el pelo, castaño claro, muy corto, una especie de melena espesa y abundante que le confería un singular atractivo.

Ella vestía un traje de una sola pieza, de color negro, sin distintivos de ninguna clase. Con gran asombro por su parte, Kraus se vio en lo que parecía la cabina de mando de la astronave.

Pero no había más tripulantes. ¿Quizá aquella joven era la única ocupante del aparato?

Ella se señaló de pronto el pecho.

—Tyenia —dijo.

Kraus sonrió. Ya sabía el nombre de la bella desconocida.

—Jell —dijo, imitándola.

Tyenia esbozó una sonrisa. Luego levantó la mano derecha, como indicándole que esperase unos momentos. También le dijo por señas que podía quitarse el traje de vacío, cosa que Kraus aceptó de inmediato.

—Si casi no tengo ya oxígeno y la batería está a punto de agotarse, y estoy a salvo y será difícil que salga de esta nave si no es en algún lugar con atmósfera respirable, ¿para qué diablos lo quiero?

Tyenia regresó cuando Kraus estaba terminando de quitarse aquel pesado traje. Kraus quedó solamente con una camisa y unos pantalones cortos, además de unas livianas zapatillas, que iban embutidas dentro de las pesadas botas espaciales.

La joven traía en la mano dos collares hechos con sendas cadenas metálicas, bastante gruesas, de los que pendían unas cajas de forma redonda, de unos diez centímetros de diámetro por dos y medio de grosor. Tyenia le puso un collar al cuello y luego se colocó el otro.

Acto seguido, Tyenia presionó un botón de su caja, indicando a Kraus que hiciese lo mismo. Entonces, ella dijo:

—Hola, Jell. ¿Me entiendes?

Kraus abrió la boca de par en par.

—Pero… pero… ¡hablas mi idioma! —exclamó.

Tyenia hizo un ligero movimiento de cabeza.

—No. Nos entendemos, simplemente, debido a las traductoras automáticas, pero, en realidad, cada uno de nosotros continúa hablando su propio idioma.

Jell bajó la cabeza y contempló casi con supersticioso temor la caja que pendía de su collar.

—Esto… yo no había visto todavía nada semejante… ¿De dónde vienes Tyenia?

—Muy lejos —contestó ella, haciendo una señal con la mano—. Tanto, que quizá no seas capaz de imaginártelo, Jell.

Kraus empezaba a recobrarse. «Si es una pesadilla, ya despertaré; pero si no lo es, debo comportarme como lo haría en la pesadilla. De una u otra forma, tengo que actuar y no puedo estar quieto ni callado».

—Mi imaginación es muy fértil, Tyenia —sonrió.

—No lo dudo, pero, ¿importa tanto ahora mi punto de origen?

—¡Hombre, según se mire…! ¿Estás sola a bordo?

—Sí.

Kraus miró con recelo a la muchacha.

—¿Soltera?

—Sí.

—Esto me huele a fuga del domicilio paterno… sólo que a escala cósmica y a bordo de una astronave.

—¿Cómo? —preguntó Tyenia, extrañada.

—No, nada, nada —dijo él—. No te preocupes; era sólo un comentario sin importancia. Ahora, por favor, dime, Tyenia, ¿cómo es que has caído por estos andurriales?

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo, Jell?

—Perdón, quizá me expresé demasiado burdamente. Quería preguntarte qué te ha hecho aterrizar en este planeta.

—Bien —contestó Tyenia—, si quieres que te diga la verdad, estoy extraviada y me detuve en este planeta para preguntar a alguien por mi posición en el espacio.

* * *

Kraus miró a la joven con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tyenia, intrigada por la expresión del terrestre.

Una ligera sonrisa se formó en los labios de Kraus. Luego se hizo más ancha. Finalmente, se transformó en una jocunda y atronadora carcajada, que le hizo estremecerse de pies a cabeza.

—Está extraviada… y se detuvo para preguntar el camino… —Se sentó en un sillón, sujetándose los costados con la mano, mientras lloraba de risa—. Igual, igualito que en la Tierra… cuando uno va en automóvil… y se detiene para preguntarle a un aldeano si aquella es la carretera que lleva a Villapicos… ¡Ooooh…, jamás he oído nada más divertido…!

Tyenia se sentía molesta e irritada. De pronto, Jell, que estaba junto a una de las ventanas, contempló el panorama exterior y dejó de reír.

Se puso serio. Desde donde estaba, podía divisar el cráter hirviente, en el que se veía aún la ojiva de una de las naves, pero

asomando ya solamente irnos pocos metros.

—Tyenia —dijo de pronto.

—¿Qué quieres, Jell?

—¿Puede volar tu nave?

—Sí, está en perfectas condiciones.

—En tal caso, despega, por favor —rogó Kraus—. En ese cráter hay tres astronaves terrestres y sus motores y tanques de combustible están sometidos a elevadísimas temperaturas. Es probable que pronto se produzca una gran erupción y aquí correríamos un grave peligro.

—Comprendo —dijo Tyenia—. Ven, siéntate aquí.

Jell se acomodó en el sillón que ella le señalaba.

Tyenia se sentó y tocó un botón que tenía en el brazo de su sillón.

Una pequeña pértiga se separó del mamparo de enfrente y acercó a la joven lo que parecía una caja de forma alargada y bordes levemente redondeados. Tyenia tocó unas cuantas teclas de la caja, que Kraus entendió era el cuadro de mandos del aparato.

La astronave se elevó lentamente al principio, con mayor rapidez después. El suelo atormentado de Plutón se alejó velozmente.

En pocos minutos, Plutón se convirtió en un disco del tamaño de la Luna vista a mitad de camino de su distancia a la Tierra. Súbitamente, se vio brillar un enorme fogonazo en la superficie del planeta.

Un gigantesco chorro de fuego subió a varios miles de kilómetros de altura. Durante unos segundos. Jell y Tyenia contemplaron aquel inenarrable espectáculo.

La explosión, en el vacío, no produjo el menor ruido. Tyenia conectó una pantalla telescópica y encuadró la zona de la catástrofe.

Atónito, Kraus divisó un mar de lava embravecido y montañas que subían y bajaban y se rompían en mil pedazos. Era un espectáculo dantesco, apocalíptico, majestuoso en su misma monstruosa dimensión.

Si había quedado algún superviviente en el campamento de la operación «Cosmos», aquel estallido lo habría aniquilado ya.

No obstante, Jell dudaba de que hubiese otro superviviente que

él mismo. De pronto, oyó la voz de Tyenia.

—Bien, y ahora que estamos en relativa seguridad, dime, ¿dónde me encuentro?

—Estás en las inmediaciones de Plutón, a seis mil millones de kilómetros de la estrella que nosotros llamamos Sol y que es el centro de nuestro sistema planetario. Yo soy originario de la Tierra, único planeta habitado de nuestro sistema.

—Nunca he oído hablar de esos astros —declaró Tyenia.

—Es posible —admitió Jell sin inmutarse—. Tal vez me pase a mí también lo mismo que a ti. ¿De dónde eres?

—He nacido en Jimor IV, de la estrella Abray. En cuanto a la distancia, no te la puedo indicar, porque todavía desconozco tu sistema de medidas, pero puedo adelantarte que es infinitamente superior a la que hay desde aquí a tu Sol.

—Jimor IV y Abray son nombres nuevos para mí —declaró el terrestre—. Pero quizá algún día pueda…

Algo interrumpió a Jell bruscamente.

Era un suave tañido de alarma, un «ding-dong» repetido varias veces y a un ritmo bastante vivo, cuyo sonido hizo que Tyenia diese un bote en su asiento.

—¡Los Zwigls! —exclamó, con acento de terror.

CAPÍTULO III

Una lámpara de color anaranjado oscilaba rápidamente, siguiendo el mismo ritmo que los tañidos de la alarma.

—¿Quiénes son los Zwigls? —preguntó Jell, atónito.

—Mis enemigos. Me persiguen. Por eso estoy aquí… extraviada en el cosmos…

—¿Piensan atacarte? —preguntó él.

—Sí; y destruir mi nave, si pueden.

—¡Demonios!

Jell saltó en su asiento.

—Esto no tiene ninguna gracia —refunfuñó—. He saltado de la olla hirviente para ir a caer en las brasas.

Tyenia no le contestó; parecía muy ocupada revisando los instrumentos de a bordo.

De repente, una raya azulada cruzó el espacio con increíble velocidad. Delante de la nave se produjo un vivísimo chispazo y luego la raya siguió su veloz camino hasta desaparecer en la oscuridad.

—¿Qué es eso? —preguntó Jell, asustado.

—Ya nos atacan —contestó Tyenia, muy pálida, pero conservando no obstante la serenidad—. El primer disparo ha sido rechazado por la coraza de energía de la nave…

—¿Qué… qué clase de proyectiles emplean los Zwigls, quienesquiera que sean esos tipos?

—Energía pura, en esferas de millones de kilovatios de potencia.

Otra descarga surcó el espacio. Como la anterior, fue rechazada, pero Jell pudo darse cuenta ahora de que el estallido se había

producido más cerca.

En realidad, no tenía puntos de referencia. Lo único que sí pudo ver era que el fogonazo había sido más extenso y ocupado un mayor campo visual.

—Tyenia, apunta tu nave hacia el Sol —aconsejó él—. En mi planeta podremos encontrar refugio contra los Zwigls.

—Es posible… —murmuró ella.

El siguiente disparo estalló tan cerca, que la nave se tambaleó con violencia. Jell hubo de agarrarse a los brazos del sillón para no salir disparado.

—Prepárate, Jell —dijo Tyenia.

—No sé cómo —refunfuñó el terrestre.

La nave salió disparada de pronto. Jell se quedó con la boca abierta.

Era una aceleración increíblemente veloz. En pocos minutos alcanzaron un ritmo de marcha exorbitante.

Las estrellas parecieron desplazarse a ambos lados. El Sol aumentó rápidamente de tamaño.

Júpiter se hizo visible pocos minutos más tarde. El gigante del sistema solar quedó atrás en escasos momentos.

Jell no sabía qué decir. ¿Superaban la velocidad de la luz?

De repente, el Sol se convirtió en un gigantesco disco blancoamarillento. Pareció que se zambullían en el interior de su ardiente cromosfera, pero, de pronto, el Sol, las estrellas y los planetas desaparecieron de la vista de ambos ocupantes de la nave.

* * *

La nave sobrevolaba aquel mundo surgido repentinamente en el espacio. En lo alto, una estrella enviaba sus rayos de luz y de calor.

—Esto no es la Tierra —dijo Jell.

—No, no lo es —admitió Tyenia llanamente.

—Podíamos habernos refugiado allí.

—¿Y trasladar a tu mundo nuestro conflicto?

—Tyenia, no somos mancos —dijo el terrestre.

—¿Disponéis de globos de energía capaces de concentrar, en el espacio que ocupa un puño humano, millones de kilovatios de potencia?

—No —reconoció Jell.

—Y otras muchas armas de las que no tenéis siquiera la menor noticia. Sinceramente, Jell, no podía aterrizar en tu planeta, porque habría provocado un conflicto a escala cósmica, del cual sois inocentes.

—Te habríamos concedido hospitalidad. Los Zwigls no se habrían atrevido a atacarte…

—Los Zwigls no respetan ninguna regla. Si algo les conviene, lo toman. Si alguien les enoja, lo atacan y lo exterminan sin más. No tienen piedad ni conocen la compasión. Son unas fieras con inteligencia, simplemente.

Jell hizo un gesto de duda.

Desde su huida de las cercanías de Plutón habían transcurrido ya cuarenta y ocho horas, la mayor parte de las cuales habían pasado sumergidos en una dimensión completamente nueva para el terrestre, donde no había luces ni sombras ni calor ni frío ni sonidos fuera de la nave.

Jell había comido y dormido. Sentíase en buenas condiciones físicas.

Los alimentos que Tyenia le había proporcionado no eran demasiado apetitosos. Un tanto insípidos, aunque reconfortantes y energéticos, era preciso reconocerlo.

La nave perdió altura.

—¿Piensas aterrizar? —preguntó él.

—Sí.

—¿Conoces ese mundo?

—En absoluto. Ni siquiera sé dónde está situado.

Jell hizo una mueca.

—Nos hemos lucido —masculló—. ¿Avería? —adivinó de pronto.

—Sí. En la calculadora de posiciones astronómicas.

—Mal asunto —comentó él.

—Di más bien enojoso y complicado, pero no irresoluble en modo alguno.

—Entonces, ¿sabrás reparar la avería?

—Eso espero —contestó Tyenia con los ojos fijos en el suelo que se acercaba con rapidez.

—Quizá pueda yo ayudarte —se ofreció el terrestre.

—No. La máquina es para ti tan distinta como pueda serlo para mí cualquiera de las vuestras. Además, tú eres geólogo, creo.

—Sí, aunque también sé otras muchas cosas. Claro que, bien mirado, meter las narices en una máquina construida en un planeta situado sabe Dios dónde no debe de tener nada de sencillo.

Tyenia sonrió, pero no dijo nada. Jell fijó la vista en el suelo que se acercaba rápidamente.

A simple vista, parecía un planeta habitable: montañas, algunas con nieve, nubes, bosques, algunos ríos, un océano en la lejanía…

Sólo quedaba una duda. Era un planeta habitable. ¿Estaría habitado?

* * *

La temperatura era muy agradable. Jell estaba casi todo el tiempo con el torso desnudo, disfrutando del sol y de la brisa perfumada que llegaba del cercano bosque.

Tyenia trabajaba continuamente en la reparación de la avería. Ahora vestía una blusa muy ajustada, sin mangas, que era más bien un corpiño, con lo que su cintura quedaba al aire, y unos pantalones cortos y ceñidos.

«Tiene unas piernas estupendas», se dijo Jell un buen día, después de regresar de su cotidiano baño en el río.

La parte inferior de la nave estaba al descubierto. Jell había ayudado a la joven a quitar las planchas que recubrían los compartimentos donde estaban las máquinas, pero no había hecho más. Tyenia no le había dejado tocar siquiera un tomillo… si podían llamarse tornillos a las piezas que sujetaban los distintos sectores de aquella enrevesadísima maquinaria.

A los dos días de su estancia en aquel mundo desconocido, Tyenia le anunció que no tenía la menor idea del tiempo que emplearía en reparar los desperfectos de la calculadora de posiciones astronómicas.

—¡Pues estamos apañados! —dijo Jell por todo comentario.

La comida empezó a hacerse aburrida. El escaso trabajo que tenía le hizo pensar.

Dos días más tarde, en un descanso, Tyenia observó que Jell estaba trabajando en un extraño artefacto.

—¿Qué haces. Jell? —preguntó.

—Los alimentos jimorianos son buenos, nutritivos, vigorizantes, pero tienen un enorme defecto.

—¿Sí?

—Sí. Apenas tienen sabor… y el poco que tienen, siempre es el mismo.

—Alimentan y nutren, que es lo interesante —alegó ella.

—Ya, ya —dijo Jell con sorna—. Pero en este mundo, se necesita algo más que llenar el buche.

—¿Qué?

Jell se echó a reír.

—Llenar el buche significa comer —explicó—. Y a la verdad, a mí ya me están cansando esas pastillas que me das a las horas de las comidas.

—No veo que puedas resolver el problema de otro modo —dijo Tyenia.

—Ten paciencia y lo verás —contestó él sibilinamente.

Cuatro días más tarde, Jell había terminado su tarea. Contempló el arco y las flechas que se había construido y se sintió orgulloso del trabajo realizado.

—Si esta noche no tenemos asado para la cena, es que me ha abandonado el espíritu de los hombres prehistóricos del planeta —se dijo.

Le costó cuatro flechas, pero la quinta ensartó a un animal peludo, semejante a un conejo, aunque de tamaño casi doble. Con su presa al hombro, Jell regresó al campamento.

En la nave, Jell había encontrado algunas herramientas con filo, que le habían servido para sus trabajos. Con una de ellas desolló y limpió la presa en primer lugar y luego cortó ramas en abundancia.

Tyenia continuaba enfrascada en su labor. Cuando terminó, ya casi de noche, salió de la nave y vio algo que la hizo parpadear de asombro.

Un alegre fuego ardía a quince pasos de la nave. Jell estaba acuclillado delante de la hoguera, contemplando con expresión arrobada el animal que, atravesado en un improvisado asador, se doraba al fuego.

Un extraño pero delicioso aroma llegó a la pituitaria de la joven. Aquel olor era enteramente nuevo para ella y le agradó.

—Jell.

El terrestre se volvió un poco y sonrió.

—Acércate, Tyenia —invitó. Y preguntó—: ¿Hace mucho tiempo que no has comido un buen muslo de conejo asado?

—Veinticinco años, que son los que tengo —contestó ella.

—Veinticin… ¡Eso significa que no has probado nunca la carne asada!

—Jamás. En mi planeta no se come nada que no esté elaborado en las fábricas de alimentos.

CAPÍTULO IV

Jell terminó de roer el hueso y lo lanzó a lo lejos. Luego, con un cuchillo tomado de la nave, cortó otra tajada de carne asada.

—¿Y siempre tienen el mismo gusto vuestras tabletas alimenticias? —preguntó.

—Siempre —contestó Tyenia.

La muchacha tenía entre los dedos una pierna del animal capturado y mordisqueaba la carne asada con cierta prevención.

—Bueno —dijo Jell—, yo entiendo que haya fábricas de alimentos, que se repartan incluso gratuitamente, que comer no cueste un céntimo…, pero, al menos, podían darles sabores diferentes. ¡Debe de ser horrible vivir en Jimor IV!

Tyenia se encogió de hombros.

—Cuestión de costumbre —respondió.

—Para vosotros. Yo no duraría allí ni diez días. Vamos a ver, ¿tanto costaría dar sabores distintos a las tabletas alimenticias?

—Ciertamente, no… es decir, no lo creo, pero no se hace.

—¿Puedo saber por qué?

—La gente se sentiría tentada de probar esos sabores en su estado digamos natural.

—¿Cómo? —exclamó Jell, estupefacto.

—Imagínate una tableta con sabor a manzana… o a guisado de carne. Resultaría estupendo, cierto, pero al cabo del tiempo, se sentirían tentados en mi planeta de comer las manzanas crudas… o de matarlos animales que ahora se respetan escrupulosamente.

—¡Qué barbaridad! —dijo el terrestre—. Tyenia, he conocido muchos gobiernos dictatoriales, pero incluso los peores, los que hacen que el ciudadano piense a capricho de los que mandan, ni

siquiera se atrevieron a dictarles el gusto de la comida. Les darían poca o mucha, depende de las circunstancias, pero el pan y la carne y la fruta sabían a pan y a carne y a fruta.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? —dijo resignadamente—. Jimor IV es así.

—Entonces, me explico que te hayas escapado de aquella cárcel a escala planetaria.

—Yo no me escapé de mi planeta. Jell —alegó Tyenia—. En realidad… pero dispénsame si callo, te lo ruego.

—No te preocupes —sonrió él—. Lo único que quiero es que arregles esa maldita máquina y me devuelvas a la Tierra. Allí te llevaré a unos cuantos restaurantes que conozco yo y… te aseguro que aborrecerás para siempre esas condenadas tabletas de alimento.

Ella sonrió.

—Parece que sólo vivieras para comer —dijo.

—No es eso, Tyenia. Cuando trabajo, me concentro en mi labor. Cuando como… me gusta saborear una buena comida, simplemente. Mañana empezaré a ver qué tal se me da la pesca. He visto muchos peces en el río, ¿sabes?

Tyenia no dijo nada ahora. Más tarde, Jell permaneció largo rato despierto, contemplando las estrellas.

En aquel punto del firmamento estaba su planeta natal. ¿Volvería algún día a la Tierra?

Hasta que no estuviese arreglada aquella maldita calculadora…

De pronto, Jell frunció el ceño.

¿Era casualidad o se trataba de algo real?

Después de algunos segundos de observación, corrió a la nave y se dirigió a la cabina de aseo. Tyenia dormía ya en su cámara.

En el cuarto de baño había un espejo. Jell forcejeó hasta quitarlo del mamparo y con él en las manos corrió de nuevo al exterior.

Se situó en el mismo lugar que estaba antes y estiró los brazos, colocando el espejo ante sí, ligeramente elevado sobre el plano de sus hombros. Ahora daba la espalda al grupo de estrellas que había divisado minutos antes.

—Es cierto, es cierto —dijo, pálido de emoción—. No me he equivocado.

El espejo, al invertir la imagen, le hacía ver aquellas dos constelaciones como si se hallase en la superficie de la Tierra.

—Sí… allí está la Estrella Polar… y más allá, la Osa Mayor… Veo sus estrellas más importantes… Alcor, Mizar, Dubhé, Merak…

Las manos le temblaron de pronto. Sentía una emoción indescriptible.

Pues al ver las dos constelaciones más familiares de los terrestres habitantes en el hemisferio Norte, se dio cuenta de que había encontrado su posición actual en el espacio.

Simplemente, aquel planeta ocupaba una posición idéntica a la de la Tierra, aunque diametralmente opuesta. Las dos Osas estaban situadas entre su mundo y el planeta al que les había llevado la ruta seguida para escapar de los Zwigls.

—Tengo que decírselo a Tyenia —exclamó—. Ya hace falta que siga reparando esa maldita máquina…

De repente, le pareció oír pasos cercanos.

Pisadas de pies desnudos. ¿Tal vez alguna fiera?

Alguien saltó sobre él. Jell forcejeó, lucho con todas sus fuerzas. Un hedor espantoso golpeó su nariz.

Notó pieles, oyó gruñidos salvajes, voces ininteligibles… Luego, algo estalló en su cráneo y perdió el conocimiento.

* * *

Cuando recobró la consciencia, era de día claro.

Estaba tendido boca abajo, con la cara pegada a la tierra. Quiso moverse y notó un vivo dolor en el lado izquierdo de la cabeza.

Se pasó la mano por aquella región y encontró los cabellos pegados a una costra de sangre ya seca. En su brazo izquierdo notó un rasguño bastante hondo, pero que ya había dejado de sangrar.

Débil y mareado, se puso en pie.

—¡Tyenia! —gritó.

El viento silbó tenuemente. Fue la única respuesta que recibió.

Torpemente, tambaleándose a veces, llegó a la nave. Subió por la escalera.

—¡Tyenia! —llamó de nuevo.

Nadie le contestó. Bajó la vista y vio huellas de pies descalzos, marcadas con el polvo adherido a unas plantas callosas.

La cámara de Tyenia estaba vacía. Los atacantes habían raptado a la joven.

Jell se sentía mareado. Fue al baño y, sin quitarse siquiera la ropa, se metió bajo la ducha.

El secador automático entró en funciones minutos después. Jell lanzó un gruñido.

—Ahora me haría falta una taza de café con coñac —masculló.

Pero pedía un imposible. Lo único que podía hacer era comerse una tableta de alimento para reponer energías.

Masticó a disgusto, sabiendo que era necesario. Tenía que ir en busca de Tyenia.

Su deber era rescatarla. Ella le había salvado la vida en una ocasión.

—Aunque no sea más que por egoísmo —gruñó—. Sencillamente, porque yo no sé manejar su nave.

Pero no eran esos los pensamientos que predominaban en su mente. Había podido darse cuenta de que los asaltantes eran seres humanos en estado de salvajismo y resultaba estremecedor pensar solamente en la suerte que podía correr la hermosa Tyenia.

Lanzarse tras los salvajes sin preparación podía significar un rotundo fracaso, con la muerte como pago. Debía prepararse para el rescate lo mejor posible.

Buscó dos herramientas parecidas a cuchillos, de filo extremadamente cortante. Por fortuna, su arco y sus flechas estaban intactos.

Tyenia le había enseñado la nave y conocía su disposición interior. En la cámara de repuestos buscó hasta encontrar un ovillo de hilo bastante fuerte.

Se cambió de ropa. Estuvo trabajando largas horas, pero, al terminar, disponía no sólo de un arco y una docena de flechas, sino también de una lanza hecha con un palo largo y recto, a cuyo extremo había atado uno de los cuchillos. Otra de sus armas era una honda.

Por lo poco que recordaba del ataque lanzado en la oscuridad, los asaltantes iban armados solamente con garrotes.

—Su estado de civilización debe de ser mínimo —calculó—. Todavía no han pasado de la rama arrancada de un árbol y las piedras arrojadas a mano como armas.

Salió de la nave y buscó huellas.

Había muchas pisadas humanas impresas en el suelo de tierra.

Trotó en la dirección marcada por las huellas, encontrando que seguían una dirección paralela al río.

En uno de los bolsillos llevaba varias pastillas alimenticias. Las necesitaría; no podía perder tiempo cazando para comer.

* * *

Dos días más tarde, a poco de amanecer, divisó una columna de humo en lontananza.

Había encontrado huellas de los salvajes: restos de animales cazados, seguramente a garrotazos y pedradas, y devorados crudos sobre el terreno. Se preguntó cómo era posible que tuviesen fuego.

La respuesta era sencilla y lógica.

—Lo tienen como todos los salvajes en un principio: un rayo, un árbol incendiado… y a conservar el fuego de la tribu.

Continuó trotando. Ya se había apartado del río y ahora ascendía por las laderas de una montaña de laderas escasas en vegetación.

El terreno era muy abrupto.

—Posibilidades defensivas contra los ataques de otra tribu —se dijo.

El humo estaba cada vez más cerca. De repente, oyó un tremendo rugido en las inmediaciones.

Se detuvo. Un animal de espantable apariencia surgió ante sus ojos.

Era un oso. Puesto en pie, la fiera alcanzaba los tres metros de altura.

El animal estaba hambriento. Jell se sintió infinitamente pequeño en presencia de la bestia.

Era un oso de las cavernas, una especie animal ya extinguido. Pero… ¿cómo era posible que, aún siendo un animal que ya no se encontraba en la Tierra apareciese en aquel desconocido planeta?

La prudencia le aconsejó rehuir el combate. Corrió velozmente y ganó un alto risco, a cuyo pie se detuvo el plantígrado, rugiendo de forma amenazadora.

Jell agarró una piedra y se la tiró, alcanzándole en el hocico. El oso dio un par de vueltas sobre sí mismo y luego golpeó la peña con sus zarpas delanteras.

Otra piedra chocó contra su nariz. Los rugidos eran atronadores.

Jell continuó arrojando piedras, hasta convertir el hocico del plantígrado en una masa tumefacta y sanguinolenta. Al fin, la bestia dio media vuelta y se alejó trotando y gruñendo, hasta perderse de vista en una cañada pedregosa no lejana de aquel lugar.

El joven lanzó un profundo suspiro de alivio. Ahora podría continuar su camino.

Volvió los ojos y miró hacia la montaña. A trescientos metros de distancia, divisó la silueta de un hombre parado en el borde de un risco.

En aquel instante, Jell adquirió la convicción de que había llegado por fin a su objetivo.

CAPÍTULO V

Era un centinela, no cabía duda. El salvajismo de aquellos seres no era tanto que no comprendiesen la necesidad de la vigilancia de los lugares más próximos a su habitáculo.

Jell procuró acercarse sin ser visto, ocultándose en todas las irregularidades del terreno. Se preguntó qué arma le iría mejor para desembarazarse del centinela.

Convenía ahorrar las flechas y guardar la lanza como reserva. En cambio, abundaban las piedras.

A treinta pasos del centinela se detuvo y sacó una piedra casi esférica de una bolsa que llevaba. La piedra, con otras, había sido recogida durante el camino.

Colocó la piedra en la honda y la hizo girar sobre su cabeza. El proyectil partió zumbando agudamente.

Falló. El instinto le hizo tirarse de bruces al suelo.

Sabía que el centinela había oído el silbido de la piedra. Podían ocurrir dos cosas: que se quedase quieto o que acudiera a investigar.

Esperó pacientemente. El salvaje miraba intrigado en torno suyo. Era muy posible, calculó Jell, que el silbido le pareciese un fenómeno imposible de explicar por sus limitados conocimientos.

En todo caso, no debía dejarse arrastrar a una lucha cuerpo a cuerpo, en la que tendría todas las de perder. Era fuerte, robusto, había aguantado bien las penalidades de dos días de caminata casi incesante… pero no había sostenido jamás una lucha cuerpo a cuerpo, ni siquiera como ejercicio gimnástico.

Además, el salvaje disponía de un garrote de dimensiones muy respetables. No, le convenía luchar según sus propias condiciones.

El centinela, pasados algunos minutos, volvió a su actitud de

indiferencia. Lenta y cautelosamente. Jell empezó a prepararse de nuevo.

Dejó pasar casi un cuarto de hora. Esta vez procuró afinar la puntería al máximo.

La piedra partió a toda velocidad. Se oyó un ligero chasquido y el salvaje se desplomó fulminado.

Jell saltó de roca en roca, alcanzó al caído y lo lanzó a una grieta. Luego, acuclillado, miró hacia abajo.

Eran trogloditas, no cabía la menor duda. Había una especie de anfiteatro, formado por una ladera rocosa de forma cóncava, donde abundaban las cuevas. En el centro del anfiteatro estaba la hoguera, cuyo humo había llamado su atención.

Varias mujeres despellejaban un par de animales, en los que Jell reconoció, no sin asombro, a sendos bisontes. Se preguntó dónde podría estar Tyenia.

De repente, se oyó un grito femenino de protesta. Un hombre apareció en una de las cuevas y saltó fuera, impulsado por una fuerza interior. El salvaje cayó por la ladera hasta el suelo del anfiteatro, en medio de las risas de las mujeres y de algunos curiosos que habían contemplado la escena.

El hombre se puso en pie, frotándose la cadera vigorosamente, dolorida a causa del golpe. Delante de él había otro que se reía a mandíbula batiente.

El expulsado de la cueva se agachó, recogió una piedra y se la tiró al burlón, partiéndole literalmente los dientes. El burlón prorrumpió en rugidos de dolor, mientras daba saltos por todas partes.

Alguien se encolerizó con el expulsado y se arrojó sobre él, blandiendo un grueso garrote. Se oyó un terrible chasquido y un salvaje cayó al suelo, con el cráneo abierto de la frente a la nuca.

El troglodita emitió un rugido de triunfo. Sin soltar el garrote, se golpeó el pecho con la mano izquierda. Luego señaló hacia la cueva de la cual había sido expulsado el muerto.

Aquellos gestos eran harto elocuentes. El salvaje se consideraba ahora dueño de la mujer capturada.

Jell intuyó el peligro que podía correr Tyenia. Desde donde se hallaba, sólo podía ver, pero no hacer nada. Agachado, corrió por el borde superior del anfiteatro, a fin de situarse directamente sobre la

cueva donde se hallaba Tyenia.

El troglodita vencedor ascendía lentamente, seguro de sí. Una piedra salió de la cueva y le golpeó en el pecho velludo, pero sólo consiguió arrancar de sus labios una risa de triunfo.

Jell preparó el arco. El salvaje estaba a cuarenta metros más abajo.

Tensó la cuerda y procuró apuntar con el máximo de cuidado. Nadie había reparado en él por el momento.

De pronto, alguien le vio y gritó. En aquel momento, la flecha partió velozmente.

Se oyó un terrible alarido. El troglodita se tambaleó, a la vez que agarraba con ambas manos el palito que sobresalía de su pecho. Decenas de pares de ojos se clavaron en él con singular extrañeza.

—¡Tyenia! —gritó Jell—. ¡Escapa, pronto! ¡Yo te cubriré la retirada!

Tyenia apareció en la boca de la cueva y miró hacia arriba. Jell movió la mano izquierda.

—¡Vamos, sube!

Se oyeron algunos gritos de furor. Tyenia empezó a trepar por la ladera rocosa.

Algunos trogloditas se lanzaron en su persecución. Jell derribó a uno de ellos de un certero flechazo.

Los otros se detuvieron, momentáneamente paralizados por el estupor, sin comprender muy bien lo que sucedía. Dos o tres se inclinaron sobre el segundo caído y examinaron intrigados el palo que sobresalía del estómago de su compañero.

Pero los demás empezaban a reaccionar ya. Hombres barbudos, velludos, cubiertos de apestosas pieles sin curtir, empezaban a salir de las cavernas, armados con sus garrotes. Algunos, más prácticos, recogían piedras y las lanzaban hacia arriba, pero sus tiros resultaban notoriamente imprecisos.

Tyenia alcanzó el borde del anfiteatro y miró a su salvador.

—Me siento maravillada —dijo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí, Jell?

El terrestre disparó una tercera flecha y otro salvaje cayó revolcándose espantosamente, con el cuello atravesado de parte a parte.

—Éste no es momento de explicaciones —dijo él—. ¡Corre, yo te

cubriré!

Tyenia no se hizo de rogar. Jell disparó dos nuevas flechas, con certeros blancos, y ello hizo que los trogloditas vacilaran un tanto.

Uno de ellos, sin embargo, se lanzó impetuosamente hacia arriba. Lanzó una piedra y alcanzó a Jell en el hombro izquierdo, derribándolo al suelo.

El salvaje lanzó un feroz alarido. Tendido de espaldas, Jell le vio arrojarse sobre él. El garrote del troglodita le pareció monstruoso.

Entonces se acordó de la lanza, caída junto a él. Agarró el astil y la alzó hacia arriba, justo en el momento en que su adversario se disponía a descargar el golpe definitivo.

El propio troglodita se clavó el acero en el pecho. Roncó horriblemente, mientras se tambaleaba a un lado y a otro, agarrando con ambas manos el palo de la lanza. Jell vio a otros salvajes mucho más cerca ya y, poniéndose en pie, dio media vuelta y echó a correr.

«Alguien se apoderará de esa lanza y se convertirá en el jefe de la tribu», pensó.

Tyenia corría frenéticamente delante de él. Jell volvió la cabeza una vez y vio a una docena de trogloditas que continuaban tenazmente la persecución.

Por el momento, apreció no sin cierta sorpresa, había sacado ventaja a sus perseguidores. Pronto encontró la explicación.

Era más ligero que ellos por la diferencia de peso. Los trogloditas poseían unas piernas cortas y robustas, lo que les impedía alcanzar velocidad pura en determinados momentos de una carrera.

Pero, por la misma razón, aquella peculiaridad anatómica podía darles el triunfo a la larga. Los salvajes podrían mantener el mismo ritmo de marcha durante largo tiempo, en tanto que él se vería obligado a aflojar a no tardar mucho.

Había que evitar que les dieran alcance. Se volvió y les plantó cara con la honda.

Era su única arma. En la caída había perdido el arco y las flechas.

No le importó demasiado; podría reconstruirlos siempre que quisiera. Ahora, sin embargo, le hubieran hecho falta.

Una piedra partió disparada con terrible velocidad y partió una

frente como si hubiera sido una cáscara de huevo. Los demás trogloditas, en lugar de dispersarse, se agruparon al lado del caído, examinándolo con curiosidad.

Dos o tres intentaron reanudar el avance. Cuando dos proyectiles más causaron otras tantas bajas, el resto de la partida, aterrorizados sus componentes por la potencia de un arma que les era desconocida, desistió de la persecución.

Minutos más tarde, Jell, triunfador, se reunía con Tyenia.

* * *

Caminaban con paso rápido, volviendo la cabeza atrás con frecuencia.

—No sé exactamente lo que pasó —dijo Tyenia—. De repente, oí pasos en la nave y me levanté. Enseguida, unos seres peludos, que olían espantosamente, se arrojaron sobre mí y me sacaron en volandas. Te vi caído en el suelo, sangrando por la cabeza, y creí que habías muerto. No sabes qué impresión recibí al oír tu voz.

—Me lo figuro —contestó él—. Por lo visto, había un troglodita que quería convertirte en su esposa.

—Sí, el jefe de la tribu. Le eché de la cueva varias veces. Pronto pude darme cuenta de que era la única forma de defenderme de él. Si me hubiese echado a llorar, deprimida, aquel salvaje habría conseguido sus propósitos. El único lenguaje que entienden es el de la fuerza.

—Lógico, dada su civilización. Para nosotros, son hombres de la Edad de Piedra. Las únicas armas que conocen son los garrotes y las piedras, pero no las hondas siquiera.

—Este planeta debe de hallarse todavía en un estado de vida atrasadísimo —comentó Tyenia—. ¿Has dicho Edad de Piedra?

—Sí, así llamamos nosotros a determinada época de la historia de la especie humana. Está separada de nosotros por un período de tiempo relativamente impreciso, que puede alcanzar hasta un cuarto de millón de años.

Tyenia hizo un movimiento con la cabeza.

—Mucho tienen que hacer todavía hasta alcanzar un mediano grado de civilización —dijo.

—Por supuesto, pero eso no es cosa que nos incumba. Tyenia,

tengo que darte una buena noticia. Te la iba a dar cuando nos asaltaron.

—¿De veras? Dímelo, te lo ruego.

—Ya no hace falta que repares tu calculadora. Yo sé ahora en qué lugar del espacio nos encontramos.

—Eso es muy interesante, Jell. ¿Cómo lo has sabido?

—Mirando al cielo. Encontré una constelación que me pareció conocida. Para confirmarlo, entré en la nave y arranqué el espejo del cuarto de baño. Salí de nuevo al exterior y miré a esa constelación a través del espejo. La imagen salió invertida, naturalmente.

—Sí, comprendo.

—Lo comprobé por otra constelación conocida, relativamente próxima a la primera. Ahora, es decir, a la noche, las veremos justamente del revés. Bien, en tal caso, sólo necesitamos volar en línea recta, hasta ver esas constelaciones de la misma forma que se contemplan desde mi planeta. Entonces nos hallaremos en las inmediaciones del sistema solar.

CAPÍTULO VI

No había pasado tanto tiempo como para que Jell no guardase todavía algunos fósforos. Al llegar la noche, buscó un lugar adecuado y encendió una gran hoguera.

—He perdido mis armas —dijo—. Claro que no importa ya, puesto que mañana, a estas horas, habremos alcanzado la nave. Lo único que siento es no poder darte más carne asada.

Tyenia sonrió.

—No importa —contestó—. Por esta noche, me conformo con una de estas detestables pastillas alimenticias.

—Tienen su virtud, desde luego —elogió Jell, arrojando una rama seca a la hoguera—. Pero no me gustan, salvo como recurso.

—Vuestro mundo debe de ser muy agradable —dijo ella ensoñadoramente.

—Según se mire. Ahora está todo muy reglamentado, excesivamente previsto. Claro que, en comparación, todas las necesidades están cubiertas y nadie padece excesivas penalidades. Pero la vida empieza a hacerse ya monótona. Hubo épocas en que había el estímulo de descubrir nuevos países, conquistar, luchar, trabajar para construir una hacienda… o un imperio pero eso se ha acabado ya.

—A pesar de todo, y viendo tu forma de actuar, me parece que los terrestres poseéis más recursos que nosotros.

—Es probable —admitió Jell—. Quizá por eso mismo nos lanzábamos ahora a la conquista del cosmos. Ya hemos llegado a todos los planetas del sistema solar, pero la vida en ellos no es posible, salvo en determinadas circunstancias, que no todos pueden soportar.

—Y tratabais de buscar mundos nuevos.

—Sí. ¿Vosotros no hacéis eso?

—Nuestro mundo da cuanto necesitamos.

—Pero tenéis naves capaces de volar de un lado a otro de la Galaxia.

—Oh, claro que sí. Intercambios científicos, culturales, comerciales… pero nada que semeje a conquista.

Jell se tendió en el suelo y puso las manos bajo la nuca.

—Mira allá arriba —dijo—. ¿Será la estrella Polar el Norte de nuestra nueva órbita? Allí, al otro lado, en línea recta, está mi patria planetaria. ¿Y la tuya, Tyenia?

Ella señaló un punto del espacio situado en ángulo recto con relación a la Osa Menor.

—Allí, cerca de aquellas tres estrellas que parecen situadas casi en línea recta.

—Si no me equivoco, es el Cinturón de Orión, pero visto al revés igualmente —dijo Jell—. Aquella es Betelgeuse, veo también Rigel… De modo que eres una orionita.

—En tu idioma, así se diría —concedió Tyenia con graciosa sonrisa.

—Lo que más me extraña es que este planeta no tenga ningún satélite. Claro que hay muchos sin satélites, pero no suele ser lo común.

Tyenia estiró los brazos.

—Jell, creo que ese es un detalle que no nos importa demasiado —manifestó—. Si no te importa, te diré que estoy rendida.

—Yo también —sonrió él.

Durmieron apaciblemente, aunque Jell se levantó de cuando en cuando para reavivar la hoguera. Antes de salir el sol, ya se encontraban en movimiento.

Caminaron durante todo el día, sin otras paradas que las justas para concederse algunos minutos de descanso. Al atardecer, alcanzaron el lugar de aterrizaje.

Tyenia se detuvo perpleja.

—Jell, ¿estás seguro de que es aquí donde tomamos tierra? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué lo dices, Tyenia?

—En tal caso, por favor, dime dónde está la nave.

* * *

Una ráfaga de viento se movió a través de la llanura y provocó un pequeño remolino de polvo, que se disipó casi en seguida. Jell miró atónito a su alrededor.

—¿Dónde está la nave? —repitió.

Cabía la posibilidad de haberse equivocado de camino, aunque no lo creía. Estaba seguro de haber alcanzado el punto de aterrizaje.

Caminó unos cuantos pasos, con la cabeza inclinada, examinando el suelo. De pronto descubrió rastros de cenizas, ya frías.

Un poco más adelante, halló las improntas de las placas de las patas del tren de aterrizaje.

—¡Tyenia!

La joven acudió a la carrera.

—Mira —dijo Jell dramáticamente.

Tyenia miró. Comprendió.

Se estremeció.

—Jell… —dijo plañideramente—. Se… se han llevado la nave…

El joven movió la cabeza en sentido afirmativo varias veces.

—Sí, se la han llevado.

—Los Zwigls —murmuró Tyenia acusadoramente.

—Tus enemigos.

Tyenia asintió en silencio.

Luego, de pronto exhaló un gemido:

—¡Oh Jell! ¿Qué haremos? Estamos solos en este planeta, aislados, no tenemos armas sin recursos…

El joven se tocó la frente con el dedo índice.

—Nos queda lo mejor: la inteligencia —contestó.

Y piedras en abundancia, por todas partes, para su honda. Luego tendría que esforzarse para construir un arco y flechas. Después, un par de lanzas. Instruiría a Tyenia en el manejo de aquellas armas prehistóricas. Ella, tal vez, le enseñaría otras cosas que les eran desconocidas.

—No estamos tan desvalidos como puede parecer —añadió—. Lo único que necesitamos es no perder el ánimo. Después…

Se calló, observando una serie de pisadas grabadas en el suelo,

que parecían proceder de distintas personas, que habían ido y venido por todos los lados, en torno a la astronave.

Eran huellas de seres civilizados, que usaban calzado de cuero, con un tacón grande y plano.

—A juzgar por la manera de conservarse, yo diría que los Zwgils estuvieron aquí no hace más de tres o cuatro horas —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tyenia, curiosa.

—Mira esa pisada —contestó el—. Si se hubieran llevado la nave ayer, el viento, a poco que hubiera soplado, habría borrado la huella casi por completo. Pero resulta fácil apreciar que es muy reciente.

Tyenia, inclinada hacia adelante, con las manos en la rodilla; examinó la imprenta.

De súbito, lanzó un grito:

—¡Jell! ¡Esa huella no es de Zwigl!

Jell estaba acuclillado y se levantó de un salto.

—¿Qué? ¿Estás segura de lo que dices?

—Absolutamente —contestó Tyenia—. Un zapato zwigl no dejaría jamás esa clase de huellas, sobre todo, porque los Zwigls no usan tacones.

Jell se pasó una mano por la cara.

La declaración de Tyenia, de cuya certeza no se podía dudar, introducía un nuevo elemento en el problema.

—En nombre del Cielo —dijo—. Si esas huellas no son de Zwigls, en tal caso, ¿de quiénes son?

Tyenia le miró y meneó lentamente la cabeza. En silencio, era una forma como otra cualquier de decirle que no estaba en condiciones de darle una respuesta.

* * *

La piedra voló por los aires y alcanzó al animal que corría en un lado de la cabeza. La bestezuela cayó fulminada.

Jell saltó sobre su presa y la agarró por las patas posteriores. Con ella en los hombros, regresó al campamento, situado en el borde del bosque, no lejos del río.

Percibió olor a madera quemada casi en seguida. Meneó la cabeza; resultaba sorprendente cuán rápidos se desarrollaban

sentidos que en un hombre de su época estaban ya poco menos que atrofiados.

Tyenia estaba acuclillada junto a la hoguera, realizando una labor singular: frotaba una piedra larga y delgada, contra otra mayor y plana.

—¿Cómo va el cuchillo de la Edad de Piedra? —preguntó él alegremente, a la vez que dejaba caer la presa al suelo.

—Creo que pronto tendrás ocasión de usarlo.

—Tyenia le miró y sonrió: —Buena caza— elogió.

—Tenía que conseguirlo —respondió él—. Esta mañana acabamos con las dos últimas tabletas alimenticias.

—Sí, empiezo a sentir hambre —dijo ella con naturalidad—. ¿Has visto frutos en el bosque?

—Por esta parte, no; pero buscaremos. Nos convienen para la dieta alimenticia. Tyenia, si esto sigue así, y todo parece que vaya a seguir, tendremos que buscar un lugar más adecuado para establecer un campamento permanente.

—Por supuesto, Jell.

—Cuando lo hayamos encontrado, será precisó buscar la fórmula para mantener el fuego continuamente encendido. No me quedan ya sino media docena de fósforos y conviene escatimarlos lo más posible.

—Todavía quedan brasas —alegó Tyenia.

—Hemos tenido suerte de que no lloviera. El campamento tendrá que ubicarse en un sitio donde podamos estar protegidos no solamente de los elementos, sino también de los animales feroces que pululan por este planeta. Ya te conté mi encuentro con un oso de las cavernas.

—Sí, Jell.

—Por ahora, nos desenvolvemos bastante bien aquí. Pero convendría que iniciásemos la marcha cuanto antes.

—Tú decidirás, Jell —contestó Tyenia.

—Antes de abandonar este lugar, hemos de fabricarnos armas; es imprescindible para la defensa… y la caza. Será cuestión de pocos días.

—Tú tienes más experiencia que yo al respecto —dijo.

—¡Hum! Lo que pasa es que nuestra civilización es más joven que la vuestra y todavía conservamos en el fondo de nuestro

subconsciente el impulso atávico de la lucha por la existencia. Por lo demás… Dame el cuchillo, por favor; quiero probarlo.

Pasó el pulgar por el filo.

—No está mal del todo —elogió—. Al menos, podremos desollar y descuartizar la presa.

Aquella noche pudieron comer carne asada. Jell dijo que tendrían que buscar algún sitio donde pudiera haber sal.

—Sin sal, no se puede vivir —afirmó.

Tyenia no dijo nada. Sus ojos estaban fijos en un punto determinado del firmamento.

—¿Qué miras? —preguntó él, intrigado por su silencio.

—Estoy viendo algo… que me parece debe de ser el satélite de este planeta, Jell —contestó la joven.

CAPÍTULO VII

Tendido boca arriba en el suelo, con la nuca sobre las manos, Jell contemplaba aquella delgadísima raya plateada, semicircular, que brillaba en la negrura de la noche.

Su cabeza era un torbellino. Evidentemente, se trataba de un satélite de aquel desconocido planeta y, como todos los satélites, había estado durante aquellos días en su fase de novación. Pero, ¿por qué diablos se parecía tanto a la Luna terrestre?

¿O quizá era la Luna terrestre?

Metafóricamente, Jell se mordía los puños de rabia. ¡Un telescopio, un telescopio!, se repetía una y otra vez, obsesa, histéricamente.

¿Era la Luna?

¿Se trataba de un satélite distinto de un planeta desconocido?

«Supongamos que se trata de la Tierra. Bien, en tal caso, ¿cómo no he sabido ver desde la altura los contornos de los continentes? Europa, África, el Mediterráneo, América, el Atlántico… No soy un geógrafo, pero si un geólogo. En mí, un semejante resulta imperdonable.»

Miraba al satélite una y otra vez y su delgada línea de luz no permitía captar más detalles a simple vista.

«Y si de veras resulta ser la Tierra, ¿cómo es que vemos las constelaciones a la inversa?»

Agotado, acabó por dormirse.

Despertó fatigado, enervado. Ni siquiera el cotidiano baño en el río consiguió tonificarle.

Al atardecer, estaba mirando ya hacia el Este.

Tyenia, a su lado, aguardaba ansiosamente su dictamen. Jell le

había hecho partícipe de sus dudas y deseaba conocer con exactitud el lugar en que se hallaban.

El sol se ocultó y el satélite apareció por el Este.

Jell inspiró con fuerza.

—¡Ya no hay duda posible! —exclamó.

—¿Es… vuestra Luna? —preguntó ella.

—Sí.

Hubo una pausa de profundo silencio.

—No entiendo cómo debí tomar tierra en tu planeta —dijo Tyenia al cabo.

Jell se puso una mano sobre los ojos y la otra en la cabeza.

—Yo tampoco —respondió—. Me siento turbado, desconcertado… ¿Por qué estamos en mi planeta y vemos las constelaciones con una apariencia distinta?

—¿No… nos habremos trasladado a una época futura? —sugirió Tyenia tímidamente.

—¿Es que tu nave puede moverse a través de las épocas? —preguntó él.

Tyenia calló.

—Lo siento —dijo luego—. No puedo responderte.

Jell inspiró con fuerza.

—Bien, si estamos en la Tierra, la cosa varía. Sea cual fuere la época en que nos hallemos, este es un terreno familiar para mí y acabaremos saliendo adelante.

Ahora, algo más tranquilo, sus nervios se aplacaron y pudo dormir apaciblemente. Al salir el sol, reanudó sus trabajos para la construcción del arco y las flechas.

A media mañana, Tyenia lanzó un agudo grito:

—¡Jell, mira! ¡Viene alguien!

* * *

Jell abandonó su tarea y corrió al borde del bosque. Un aparato, de brillante cáscara, descendía lentamente hacia el suelo, sostenido por una columna de fuego blanco que brotaba del centro de su panza.

La mano de Tyenia se crispó bruscamente sobre su brazo.

—Jell, tenemos que escondernos —dijo—. ¡Es una nave Zwigl!

El joven respingó.

—¿Crees que nos han localizado?

—Seguro —contestó la muchacha.

—Eso significa que tienen aparatos muy poderosos para detectar a los seres vivientes —dijo Jell.

Tyenia se tocó la traductora que descansaba sobre su seno.

—Esto es metal —declaró—. Hay detectores térmicos, pero no diferencian entre una persona y un animal. Sin embargo, donde hay metal, suele haber personas.

—Comprendo. Tyenia, temo que no vamos a tener otro remedio que escondernos.

—Desde luego.

Jell maldijo entre dientes. Todavía no disponía de otra arma que la honda.

—Aquí hay buenos árboles —indicó.

Ayudó a la muchacha a trepar a la copa de un árbol, sumamente frondoso. Antes de hacerlo, miró hacia la llanura.

La puerta de la nave se abría en aquel momento. Los Zwigls iniciaban el desembarco.

Trepó al árbol y se agazapó en una rama alta.

—Confío en una cosa —dijo.

—¿Sí, Jell?

—Los Zwigls, como vosotros, estáis supercivilizados. Tengo la sensación de que residís permanentemente en grandes ciudades.

—Es cierto —admitió ella—. ¿Y bien?

—Gracias a eso, confío en que no sepan hallar nuestro rastro. De otro modo, con otros enemigos… nuestra vida no valdría un pimiento.

—Olvidas una cosa, Jell —dijo Tyenia.

—¿Cuál, por favor?

—Los detectores de metal.

Jell calló, gravemente preocupado. Los instrumentos suplirían a la habilidad natural y contra ello no se podía luchar.

Tanteó la bolsa donde llevaba una docena de guijarros limpios, casi redondos. ¿Qué podrían doce piedras contra armas de un poder infinito?

—Tyenia.

—Dime, Jell.

—¿Qué clase de armas usan los Zwigls?

—Pistolas vaporizadoras.

—¿Cómo?

—Convierten en vapor al sujeto que recibe una descarga.

—Ah, vamos, pistolas desintegrantes. ¿Qué te harían si consiguieran atraparte?

Tyenia le dirigió una larga mirada.

—Me matarían —respondió lacónicamente.

Jell sacó una piedra de la bolsa.

—Eso significa que conmigo no tendrían más consideraciones —dijo.

Los Zwigls habían salido ya de la nave. Eran seis o siete y todos ellos iban armados con una especie de fusiles de caño extremadamente grueso, salvo en la boca, terminada por un tubo de no más de un centímetro de longitud.

La vestimenta era extraña: una coraza amarilla, que cubría enteramente el torso, cascos semiesféricos del mismo color y pantalones ajustados hasta el tobillo.

Alguien dio una orden y los Zwigls, fusil en mano, se dispersaron y empezaron a caminar hacia la selva. Jell entrecerró los ojos.

—Va a ser la lucha del hombre de la Edad de Piedra contra el de la Era Galáctica —murmuró.

Los Zwigls se acercaban cautelosamente al bosque.

—¿Resuelta muy difícil manejar una de esas pistolas? —preguntó Jell.

—Basta apretar el disparador. La descarga pulveriza a la víctima, aunque la alcance solamente en un dedo.

—Entendido.

Jell pensó que quizá no le haría falta la piedra. Además, con el follaje del árbol no podría voltear la honda, donde residía precisamente la potencia del arma primitiva.

Esperó con los nervios en tensión. Los Zwigls avanzaban cautelosamente, el dedo sobre el disparador. Jell observó que el jefe había quedado en las inmediaciones de la nave, cuya forma era bien distinta de la de Tyenia.

Cada Zwigl caminaba a unos treinta pasos de los otros, cubriendo en total un espacio de unos doscientos, metros. Una vez

miró Jell a Tyenia y la vio pálida, aunque con expresión animosa en su bello semblante.

Los Zwigls fueron acercándose al bosque. Jell calculó que uno de ellos pasaría justamente bajo el árbol en que se hallaban.

Miró hacia el jefe. Continuaba en el mismo sitio. La maleza, tal vez le impediría la visión a nivel del suelo.

—Con tal de que no me vea descolgarme…

El Zwigl estaba ya a dos pasos de distancia. De pronto, Jell se dejó caer del árbol.

Sus pies golpearon la cabeza del individuo, tirándole por tierra. Jell rodó también por el suelo, pero prevenido y más ágil, se levantó de un salto.

De un golpe en la mandíbula le derribó sin sentido.

Jell se apoderó en el acto del rifle y corrió hacia un árbol cercano. Un Zwigl le vio y lanzó un grito de alarma.

El joven se tendió en el suelo. La descarga de su enemigo pasó alta y partió un árbol de grueso tronco en dos, haciéndolo caer con gran estridor de ramajes quebrados.

Jell disparó a su vez. El Zwigl se convirtió en humo azulado.

Cambió de posición. Dos descargas abrasaron la hierba donde había estado segundos antes.

Otro Zwigl resultó desintegrado. Jell no se hacía ilusiones sobre su suerte.

Tyenia lo había dicho bien claro: morirían si les atrapaban.

Un Zwigl corrió hacia él, disparando frenéticamente el arma. Jell rodó varias veces sobre sí mismo —¿no había visto muchas películas de aventuras?, ¿no hacían así los protagonistas en los filmes?—, y esquivó un par de furiosas descargas. A su vez, tendió el rifle y apretó el disparador.

El atacante se convirtió en vapor azulado. Sonaron gritos de temor.

La voz de Tyenia se dejó oír de repente.

—¡Jell, Jell! ¡Mira!

El joven volvió la cabeza.

Parpadeó. Era increíble.

Una enorme nave, diez o doce veces mayor que la de los Zwigls, ciertamente nada pequeña, descendía lentamente del cielo.

Estaba a unos mil metros de altura. De repente, un rayo de luz

brillantísima brotó del vientre de la astronave recién aparecida.

El rayo chocó contra la nave de los Zwigl, convirtiéndola instantáneamente en un ascua de luz deslumbrante. Al mismo tiempo, varios rayos más, del mismo color, brotaron de la nave zwgliana y partieron horizontalmente hacia sus tripulantes.

El jefe desapareció tras un chispazo de fulgor azulado. En el bosque se produjeron varios chispazos más.

El instinto hizo saber a Jell que los tripulantes de la nave recién llegada eran amigos.

—Por lo menos, no nos matarán sin explicaciones —pensó.

Y se puso en pie, dejando en tierra el arma zwgliana, ya que presentía que no la iba a necesitar.

De todas formas, no le serviría de nada contra los poderosos medios de que disponían los recién llegados.

CAPÍTULO VIII

La nave de los Zwigls era una bola de fuego que ardía silenciosamente en la llanura. Jell se acercó al árbol y ayudó a la joven a bajar al suelo.

Acto seguido, caminaron hacia el llano. La astronave desconocida había refrenado su descenso, deteniéndose a un metro del suelo.

Jell observó que la astronave quedaba en el aire, sin usar tren de aterrizaje. «Antigravedad, sin duda», calculó.

Tomó la mano de Tyenia y dieron un rodeo para evitar el calor que se desprendía de la nave zwgliana. Pronto vieron que se abría una gran escotilla en la otra nave y que varios individuos saltaban a tierra.

Eran bien parecidos, de piel ligeramente tostada y vestidos con livianos trajes, de corte discreto y cómodo. No parecían llevar armas a la vista.

La pareja continuó su avance. Uno de los recién llegados se destacó.

—Sois los ocupantes de la nave que estaba aquí algunos días —habló.

—En efecto —contestó el joven—. Yo soy Jell Kraus. Ella es Tyenia, de Jimor IV.

—Mi nombre es Budo y resido en Lihiare. Se me ha asignado la misión de encontraros y conduciros a mi ciudad. Celebro haber llegado a tiempo para salvaros.

—Una llegada muy oportuna, en efecto —convino Jell—. Pero, ¿cómo sabíais que éramos nosotros los atacados y no los otros?

Budo sonrió.

—Conocemos a vuestros atacantes —respondió—. No es la primera vez que nos encontramos a ellos. Pero venid a la nave, por favor.

—Con mucho gusto.

—Os daremos ropas y alimentos —dijo Budo—. También podréis asearos.

—Me está haciendo falta un buen baño —suspiró Tyenia.

—Lo tendrás —aseguró Budo.

Sus acompañantes no hicieron ningún gesto de sorpresa al ver a la pareja. Por medio de la escalerilla retráctil, Jell y Tyenia penetraron en la nave.

Jell frunció el ceño. La nave, en efecto, era ultramoderna. En comparación con ella, las tres que habían quedado destruidos en Plutón parecían cacharros antediluvianos.

Pero había algo que le extrañó sobremanera. El suelo; los frisos de las paredes; y la decoración en general.

Aquellas grecas… y los mosaicos… y las escenas familiares que estaban pintadas en los muros interiores…

Jell se pasó una mano por la cara.

¿Estaba en el interior de una nave interplanetaria o en el interior de una casa romana o griega?

La carencia de espacio no era defecto de la nave. Los corredores eran amplios, bien iluminados, y había numerosas puertas, aunque bastante separadas entre sí. Una plataforma ascensor condujo a la pareja a uno de los pisos superiores.

Budo señaló dos puertas.

—Vuestras cámaras —dijo—. Cada una de ellas dispone de baño propio. Ya tenéis ropas preparadas.

—Perdona un momento —dijo Jell—. No quisiera parecer… enojoso, pero, ¿qué me dices de la comida?

Budo sonrió comprensivamente.

—Ése es un asunto también solucionado —contestó—. Os veré más tarde.

Budo se inclinó y se marchó. Jell y Tyenia se miraron mutuamente.

—Opino que debemos hacer honor a la hospitalidad que se nos dispensa —dijo él.

—Tienes razón, Jell —convino la muchacha.

Jell abrió la puerta de su cámara y cruzó el umbral. Casi se quedó sin aliento el contemplar la decoración.

Había una sala, con cómodos muebles y, al fondo, un hueco con un lecho, parcialmente oculto por unas cortinas rojas. El lecho tenía un aspecto muy parecido al de los usados en la Roma o Grecia antiguas.

El suelo estaba pavimentado con mosaicos de dibujos de una simetría y un colorido perfectos. Jell se dijo que debían de ser mosaicos artificiales.

—No puede ser de otro modo.

Había una mesa circular en el centro. Sobre la mesa divisó un gran cuenco rebosante de fruta. También vio un par de bandejas cubiertas con sendos paños blancos y una jarra de elegantísimo diseño y un par de copas, todo ello de metal plateado.

Los ojos se le salieron de las órbitas.

La fruta era enteramente terrestre: uvas, peras, manzanas, plátanos… Levantó los paños de la bandeja y divisó una pierna de cordero asada y unas galletas de forma extraña, pero de apariencia sumamente atractiva.

Jell no sabía qué pensar. Llenó una copa con un líquido rojo, transparente, y tomó un sorbo.

Chasqueó la lengua complacidamente.

—Un vino maravilloso —murmuró.

Luego vio la puerta del baño.

La abrió.

—Esto no es una bañera, sino una piscina —exclamó.

Un olor agradable se desprendía del agua, juntamente con algunas nubecillas de vapor. Sobre un taburete vio varias prendas de ropa.

Ya no se lo pensó dos veces. Treinta segundos más tarde, se hallaba sumergido en la pileta hasta el cuello.

* * *

Nadie le impidió que saliera de su cámara y llamase a la puerta de la de Tyenia. La propia Tyenia en persona acudió a abrirle.

Las mejillas de la muchacha aparecían encendidas. Su expresión rebosaba alegría.

—Cuánto celebro verte —dijo, tendiendo las manos hacia el joven.

Jell entró en la cámara. Miró hacia la mesa y sonrió.

—Parece que esto te gusta más que la comida de Jimor IV —comentó.

—No había comido jamás nada tan delicioso —confesó ella.

Jell la contempló durante unos instantes. Ahora, Tyenia vestía una especie de túnica dorada, sin mangas, ceñida ligeramente por un grueso cordón, también dorado, y que dejaba al descubierto unas piernas perfectamente torneadas. El pelo de la joven quedaba suelto y libre sobre sus hombros.

—Te sienta muy bien tu nuevo vestido —elogió él.

—Estos extraños adivinaron mis gustos —contestó ella—. Mi nuevo traje me agrada más que el que usamos ordinariamente en Jimor IV.

—La novedad —sonrió Jell—. Pero no sabemos adonde nos llevan ni cuándo zarparemos.

—Respecto a nuestro destino, te diré que estoy como tú. En cuanto a zarpar…

Tyenia le cogió por una mano y lo condujo hacia un amplio ventanal situado en uno de los mamparos de la cámara. A través del vidrio vieron un espectáculo sorprendente.

Debajo de ellos se veía una enorme ciudad, con calles larguísimas, tiradas a cordel, en las que abundaban extensas zonas destinadas a parques y jardines. La nave volaba bajo, a escasa velocidad, de modo que los dos jóvenes podían apreciar grandes detalles de la superficie.

—Pero… si ni siquiera me enteré de que despegábamos —dijo Jell, aturdido.

—Tampoco yo. Estaba en el baño y el agua no se movió más de lo ordinario en esas circunstancias. Sólo cuando salí vi que nos hallábamos a gran altura…, pero, puesto que no parecen abrigar intenciones hostiles, no me preocupé por nuestra suerte.

Jell frunció el ceño.

—Budo dijo que no era la primera vez que se topaban con los Zwigls. ¿Qué dices tú a esto, Tyenia?

—Me siento tan ignorante como tú —respondió la muchacha. Y preguntó—: ¿Habías visto una ciudad como ésta en alguna ocasión?

—Sí —contestó Jell—; en los dibujos y grabados que representaban casas y edificios de unas civilizaciones antiguas de nuestro planeta y que ya se extinguieron hace dos mil años.

* * *

La astronave volaba cada vez más despacio. Se veían muchas personas circulando a pie por las calles. También se divisaban carros tirados por dos o más caballos. La sensación de limpieza y pulcritud era extraordinaria.

Aquel edificio parecía un templo romano. O griego, se dijo Jell. Y aquella mansión, con el patio interior, rodeado por un peristilo de graciosas columnas, en donde se recreaban algunas mujeres jóvenes, era una casa de corte enteramente romano.

Los carruajes parecían más de adorno y recreo que de utilidad. Una civilización que disponía de astronaves tan fabulosamente perfectas, ¿no iba a tener vehículos que se movieran con motores propios?

Tyenia juntó sus manos, arrobada.

—Es maravilloso —dijo—. Jamás había visto una cosa igual. Jell, ¿no te gustaría quedarte a vivir aquí?

—Pues…

Jell vaciló.

¿De dónde había salido aquella civilización de corte grecorromano?

¿Estaban en el futuro o en el pasado de la Tierra?

Una cosa era segura: aquella ciudad no pertenecía ni a Roma ni a Atenas.

O no hubieran volado a bordo de una astronave.

Además de geólogo, Jell poseía los suficientes conocimientos de arqueología como para saber que en aquellas dos naciones, de las que había brotado la civilización occidental, no había existido jamás una ciudad llamada Lihiare.

«A menos que se trate de un período anteprehistórico… o nos hallemos en el futuro», especuló mentalmente.

La nave se detuvo de pronto. Entonces llamaron a la puerta.

—Pase —invitó Tyenia.

La puerta se abrió. Sonriente, Budo apareció en el umbral.

—Hemos llegado —dijo—. Ahora, cuando descendamos de la nave, os enseñaremos vuestros alojamientos.

Jell levantó la mano.

—Budo, quiero hacerte una pregunta —declaró.

—Por supuesto —accedió cortésmente el interpelado.

—Estamos en Lihiare, sí, pero… ¿en qué año?

Budo arqueó las cejas.

—¿Tanto interés tiene para ti? Según nuestro cómputo, nos hallamos en el año veintiséis mil ochocientos setenta y cuatro de la Era Lihariana.

—¿Antes o después… de la Era Atómica?

—Nuestra era comenzó con el descubrimiento del fuego —contestó Budo.

Jell hizo un gesto de resignación.

—Eso no me aclara nada —murmuró. Y, siguiendo a Tyenia, avanzó hacia la puerta.

CAPÍTULO IX

Pusieron el pie en el suelo. Dieron cuatro pasos por el pavimento enlosado en mármoles pulidos y brillantes.

El suelo vibró ligeramente.

—¿Qué pasa, Budo? —preguntó Jell.

Budo no contestó. Jell, buen observador, captó un signo de preocupación en la cara de su anfitrión.

Caminaron, siguiendo a Budo, hacia un edificio de elegante apariencia, en cuya fachada había un pórtico de columnas de orden dórico.

Una amplia escalinata permitía el acceso al pórtico, al otro lado del cual vieron un amplio vestíbulo, por el que se movían algunas personas de ambos sexos, ninguna de las cuales concedió a los recién llegados más que una moderada curiosidad.

Dos escaleras arrancaban de los lados del vestíbulo. Budo eligió la de la derecha y subieron a un primer piso, en el que había un extenso corredor con algunas puertas de agradable apariencia.

Budo eligió una de ellas y la abrió.

—Pasad, os lo ruego.

Jell… y Tyenia cruzaron el umbral, hallándose en una vasta sala, aparentemente dedicada al descanso. Había una gran mesa, cómodas butacas y un par de divanes. Dos puertas aparecían en paredes opuestas de las salas, aunque cerradas en aquel momento.

Jell echó algo en falta, pero antes de que lo expresara, Budo se adelantó a hablarles:

—Esas puertas dan a vuestros dormitorios —manifestó—. Por el momento, deberéis residir en este edificio. Más adelante, se os darán instrucciones.

—¿Sobre…? —inquirió Tyenia.

Budo sonrió enigmáticamente.

—Las conoceréis a su debido tiempo —contestó.

—Budo —dijo Jell—, a mí me extraña no ver una cosa que era muy corriente en mi mundo.

—¿De qué se trata, por favor?

—Televisión.

—¡Oh! —Budo esbozó una sonrisa cortés y se acercó a uno de los muros, tocando una parte del mismo con la mano. Un cuadrado de la pared, como de un metro de lado, se iluminó en el acto, presentando una vista fantástica de la urbe—. ¿Te refieres a esto?

—Más o menos —admitió el joven.

—Ya iréis conociendo las peculiaridades de nuestro mundo —dijo Budo—. Entre tanto, consideraos en vuestra casa.

Hizo una inclinación y salió, dejando solos a los dos jóvenes.

—¿Qué te parece, Tyenia? —preguntó Jell, acercándose a la mesa, en donde había un gran cuenco repleto de fruta.

—Un tanto misterioso…, pero un mundo adelantadísimo —calificó ella.

—Adelantado… ¿y usan vehículos tirados por caballos?

—Pero tienen astronaves, Jell.

—Sí. —Jell frunció el ceño, con un par de granos de uva en la mano—. Astronaves… y carros romanos. ¿Quién entiende esto, Tyenia?

—Budo dijo que nos darían instrucciones. Eso significa que un día conoceremos bien esta ciudad y a sus habitantes.

—Así lo espero, Tyenia, pero, ¿qué haremos nosotros? ¿Podrás regresar tú a Jimor IV? ¿Podré volver yo a mi planeta natal?

Ella lanzó un profundo suspiro.

—Tenemos que esperar, no nos queda otro remedio —contestó.

Jell contempló la pantalla de televisión, en donde ahora aparecía un individuo pronunciando un discurso, educativo al parecer. Alargó la mano y la imagen se esfumó.

—Me siento cansada —dijo Tyenia—. Imagino que mi dormitorio estará provisto de un buen baño.

Tyenia desapareció en su habitación. Jell arrancó unos cuantos granos de uva y los comió pensativamente.

—Bien mirado, —se dijo, al cabo de unos momentos de reflexión

—, Lihiare es una ciudad magnífica y, si no voy a poder volver a la Tierra, quedarme aquí no debe de resultar tan malo.

Atardecía ya. El cielo tenía una tonalidad azul-violeta y ya se divisaban las primeras estrellas. La luna salía, rojiza y enorme.

—Es la Luna, sí —murmuró Jell, perplejo—. Pero esto no es la Tierra. ¿Hay quién lo entienda?

* * *

Por la noche, algo vibró e hizo temblar ligeramente el edificio.

En el comedor, una copa saltó en pedazos, con tañidos musicales.

Jell se sentó en la cama, súbitamente despierto.

—¿Un terremoto?

Recordó la vibración percibida en el momento de su aterrizaje. Ahora volvía a repetirse.

¿Estaba Lihiare edificada sobre una zona propensa a los seísmos?

Si era así, ¿cómo habían podido cometer semejante error los fundadores de la ciudad?

Cabía la posibilidad de que se tratase de una ciudad antiquísima. Luego, sus habitantes, no habían juzgado conveniente trasladarse a un terreno más sólido… pero en el estado de civilización a que habían llegado, resultaba imperdonable mantener una actitud tan tenaz.

Miró hacia la ventana. El edificio disponía de amplios ventanales, que permitían una fácil visión del panorama circundante.

Algo subió al cielo velozmente, dejando una estela rojiza. Jell se quedó pasmado.

—¿Un cohete de guerra?

Varias estelas más aparecieron de súbito, siguiendo una trayectoria paralela a la anterior. La velocidad de aquellos cohetes, si lo eran, resultaba fabulosa.

Pero no percibió señal alguna de alarma ni oyó gritos o pasos desacompasados. Todo continuaba plenamente normal en el edificio.

Puesto que no parecía haber peligro, se tranquilizó y volvió a

dormirse.

A la mañana siguiente, desayunó solo.

Alguien había traído comida y bebida mientras dormía. Esperó un rato a Tyenia, pero en vista de que la joven no aparecía, empezó a desayunar, pareciéndole indiscreto turbar su descanso.

Transcurrieron varias horas. Tyenia no daba señales de vida.

Jell empezó a preocuparse por la joven. La había tomado afecto. ¿Acaso había sufrido algún contratiempo?

A mediodía, se arriesgó a llamar a la puerta de su habitación. En vista de que no le contestaba nadie, abrió la puerta.

El dormitorio estaba vacío y en orden. Las preocupaciones de Jell aumentaron.

Esperó durante el resto del día. Finalmente, cuando sus nervios estaban a punto de estallar, apareció Tyenia.

—¡Por fin!

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Estabas preocupado por mí? —inquirió.

—Te ausentaste sin decir nada… ¿Dónde has estado?

—Preferiría esperar a mañana —contestó Tyenia—. De este modo, podríamos hablar ambos con más conocimiento de causa.

Jell se quedó perplejo un instante.

Luego dijo:

—Si ese es tu deseo…

—Te ruego no te enojes —dijo Tyenia, acercándose a la mesa. Miró al joven y sonrió—. ¿Sabes que tengo hambre?

Aquella noche, Jell durmió bastante mal. Cerca del amanecer, cayó en un pesado sueño, del que le sacó una mano que le tocaba en el hombro.

—Por favor…

Jell abrió los ojos y divisó ante sí a un hombre joven y bien parecido, que le contemplaba con la sonrisa en los labios.

—Soy Grawor —se presentó el desconocido—. Me envía Budo.

Jell se sentó en la cama. Miró a través de la ventana y vio que apenas amanecía.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Vístete —contestó Grawor—. Tengo orden de que me acompañes.

—¿Puedo saber adónde?

Grawor seguía sonriendo en silencio. Jell meneó la cabeza.

—Lo sabré más adelante —murmuró.

Jell saltó de la cama y se arregló rápidamente. Minutos después, salía del dormitorio, seguido por el nativo.

Descendieron a la planta y salieron al exterior. Fuera esperaba un carro tirado por cuatro briosos caballos.

Era en todo semejante a las antiguas cuadrigas romanas, salvo que las llantas de las ruedas estaban recubiertas de una sustancia flexible, que sustituía al hierro. Grawor extendió la mano y Jell trepó a la plataforma del carruaje, agarrándose a un pasamanos que lo circundaba casi en su totalidad.

Grawor empuñó las riendas y agitó un látigo, aunque sin tocar a los animales. La cuadriga arrancó velozmente, sin apenas ruido.

Jell observó que los cascos de los cuadrúpedos sonaban apagadamente. Debían de estar cubiertos del mismo material que las llantas de las ruedas, pensó.

Diez minutos más tarde, el vehículo se detuvo en un amplio patio, circundado por un peristilo de esbeltas columnas. Grawor saltó al suelo y señaló con la mano hacia una puerta.

—Es curioso —dijo Jell—. Astronaves y carros tirados por caballos. ¿Acaso no tenéis vehículos que se muevan por sí mismos?

—Has viajado en uno de ellos —contestó Grawor sorprendentemente.

—¿Cómo?

—Son animales mecánicos —dijo el nativo—. Las riendas y el látigo no son sino los controles de mando.

—Es lo más extraordinario que he oído en los días de mi vida —exclamó—. Pero… ¿no resulta demasiado caro?

—En el estado actual de nuestra ciencia, lo realmente caro son los caballos de verdad —contestó Grawor riendo.

—Unos robots… con figura de caballos… Grawor, tú no serás un robot, ¿verdad?

—¿Robot?

—Sí, máquinas que imitan a personas o, en el caso anterior, a animales, y que trabajan y hasta, si vale la expresión, piensan por sí mismas.

—Oh, no —sonrió Grawor—. Yo soy un ser humano.

Lo dijo con aire natural, sin sombra de afectación, segundos

antes de detenerse ante una puerta situada en el fondo de la columnata.

—Entra —invitó—. Te esperan.

La puerta se abrió y Jell avanzó unos pasos, hallándose en una estancia de planta rectangular, en cuyo centro había un sillón situado sobre un estrado y ante un pupitre que parecía semejante al de los grandes órganos de catedrales.

Un hombre estaba junto al pupitre. Señaló el sillón con la mano y sonrió:

—Siéntate, Jell —invitó Budo.

CAPÍTULO X

Jell regresó a su alojamiento no muy seguro de lo que le había sucedido.

—Tengo la sensación de tener el cráneo hueco —dijo.

—¿Verdad que sí? —contestó Tyenia, ofreciéndole una copa de vino—. ¿No te imaginas lo que han hecho contigo?

—Bueno, yo me senté en aquel sillón y, sin saber cómo me dormí a los pocos minutos. Cuando me desperté, era casi de noche.

—Lo mismo que sucedió a mí, Jell.

—Bien, pero ¿qué pasó?

—Nos interrogaron.

—¿En estado hipnótico?

—Así podría decirse, Jell.

—Entonces… nos han vaciado el cerebro.

—Bueno, lo que ocurre es que han querido saber todo de nosotros, incluso desde el período de lactancia.

Jell bebió su segundo trago de vino y chasqueó la lengua.

—Parecen muy amables, corteses, hospitalarios, pero son terriblemente desconfiados. ¿Por qué, Tyenia?

—Eso tiene algo que ver con la situación actual del país.

—¿Has dicho «país», Tyenia? Significa parte de un planeta, un conjunto de gentes unidas por unos lazos culturales, políticos y económicos, que lo diferencian de otras zonas del mismo planeta.

—He dicho país, sí —corroboró la joven—, porque aunque Lihiare no es sino una gran ciudad, no es tampoco toda la nación.

—¿Es la capital?

—Sí.

—¿Y tú sabes lo que sucede?

—Ahora sí estoy enterada. Antes, sólo conocía la realidad a medias —replicó ella sorprendentemente.

—Explícate, por favor —pidió Jell, asombrado.

Tyenia se acercó a la pared y encendió la pantalla de televisión. Al hacerlo, se volvió hacia Jell:

—Voy a repetirte una noticia que han dado hace algunos minutos. Ahora están emitiendo un programa recreativo, pero —aclaró—, yo he usado ahora el mando de repetición de imágenes ya proyectadas.

—Comprendo.

Era un locutor y decía:

—El cuerpo celeste localizado en el espacio continúa su órbita de colisión con nuestro planeta. Nuestras fuerzas armadas están tratando de desviarlo por todos los medios y se confía en que lo conseguirán oportunamente…

Mientras hablaba el locutor, la imagen cambió y se apareció en la pantalla la imagen de un cuerpo celeste, de color gris oscuro, que parecía desplazarse velozmente por el espacio.

Varios cohetes cruzaron la pantalla y fueron a estrellarse contra el astro, donde se produjeron espantosas explosiones. Sin embargo, no parecía que aquellas explosiones hubieran producido el menor efecto en la superficie de aquel mundo muerto.

La imagen cambió y apareció de nuevo la figura del locutor.

—Será un trabajo arduo, pero lo conseguiremos. El país sobrevivirá —afirmó rotundamente.

Tyenia apagó la pantalla.

—Miente —dijo lacónicamente.

—¿Eh? —respingó Jell.

—Ya lo has oído. Ese astro viene directamente hacia el planeta. Por si fuera poco, los observatorios detectan cada vez más intensidad en los movimientos telúricos que se producen bajo la corteza sólida. Lihiare, y con ella todo el país, están abocadas a la destrucción total y absoluta.

* * *

Jell tuvo que sentarse. Las piernas se negaban a sostenerle.

—He… hemos saltado de la sartén a las brasas… —dijo.

—Una metáfora muy acertada —admitió Tyenia sin pestañear.

—¡Pero habrá que hacer algo! ¡No se puede permitir que mueran cientos de millones de personas, sin hacer algo!

—Ya lo están haciendo, Jell.

—¿De veras?

—Sí. Continuamente lanzan cohetes dotados de poderosísimas cargas explosivas con el fin de desviar o, por lo menos, frenar la marcha del astro.

—¿Y eso es todo lo que se les ha ocurrido hacer?

—¿Podrían hacer alguna otra cosa?

Jell se tiró del labio inferior con aire preocupado.

—¿Por qué te perseguían, Tyenia? —preguntó.

—Los Zwigls quieren atacar a mi planeta —contestó ella—. Aunque, hasta ahora, sin demasiado éxito, esta es la verdad.

—¿Y…?

—Bien, yo formaba parte de una patrulla exploradora avanzada. Mis compañeros murieron y yo me vi obligada a huir para salvar la vida.

—Entonces, esos Zwigls, ¿han desencadenado una guerra de conquista?

—Es lo que se deduce de sus acciones, Jell.

—¡Vaya unos tipos! —gruñó el joven—. Atacan a tu planeta, atacan éste… Bueno, a éste no…

—Sí, Jell.

El joven saltó en su asiento.

—¿Cómo dices?

—El astro es propulsado por los Zwigls.

—Y ellos, ¿están en su superficie?

—Se ignora. No debe ser así, por cuanto la órbita del astro no ha sido alterada.

—Te juro que no lo entiendo. Si destruyen el planeta, ¿qué encontrarán luego?

—El planeta, pero deshabitado, sin nadie que se oponga a sus designios de conquista.

—¡Fantástico! —exclamó Jell—. Y Lihiare no tiene salvación.

Tyenia suspiró.

—No —contestó lacónicamente.

—En ese caso, no veo por qué han tenido que examinarnos tan

minuciosamente —adujo el joven—. Yo he dormido lo menos doce horas.

—Jell, en Lihiare no todo es trigo limpio. Hay espías Zwigls confundidos con la masa del país.

—¿Y bien?

—Eso espías son los causantes de la inefectividad de los trabajos de desviación del astro. Budo, por orden del gobierno, claro está, sólo quería cerciorarse de que no éramos Zwigls.

—Yo no lo soy —gruñó él.

—Ni yo, pero es comprensible su actitud.

—Desde luego. Lo que no entiendo es cómo, pareciendo tan civilizados, no han sido capaces de descubrir a los espías.

—Yo tampoco me lo explico, pero es así, Jell.

—Sí, claro… ¿Y se dejarán matar esos espías en Lihiare?

Tyenia enseñó sus manos, como indicando que no tenía respuesta para la pregunta.

* * *

—Te aseguro que no he podido pegar ojo en toda la noche —dijo Jell a la mañana siguiente.

En la parte posterior del edificio donde se alojaban, había un ameno jardín por el cual se paseaban ambos jóvenes. Ninguno de los dos sabía abandonar el tema que tanto les preocupaba.

—Espías Zwigls —murmuró él—. ¿Cómo interfieren los trabajos de desviación del astro?

—Al parecer, actúan sobre las cargas explosivas, cuya potencia es siempre inferior a la calculada. Todavía no se ha conseguido descubrir la forma en que lo hacen, pero es indudable que sí se conocen los resultados.

—En mi mundo, a eso se le llamaba sabotaje —rezongó Jell.

—Te entiendo —dijo Tyenia—. Pero la situación no ha experimentado variaciones, salvo por la proximidad del astro. Mañana, aseguran, podrá contemplarse a simple vista.

—¡Hum! Un espectáculo nada agradable, Tyenia. Y nosotros, ¿hemos de estar aquí aguardando a que ese pedrusco se nos caiga encima de la cabeza?

—¿Ves tú otra solución, Jell?

—¿Qué me cuentas de tu nave? —exclamó él de repente—. Se la trajeron sin tu permiso. La habrán destripado, supongo.

—Budo me dijo que estaban a punto de reparar la avería.

—Eso me conforta un poco, aunque, la verdad, me gustaría tenerla a la vista para largarme de aquí cuanto antes. Una vez en el espacio, ya procuraríamos orientamos para volver a la Tierra.

—He solicitado una entrevista con Budo, para hablarle del asunto —declaró Tyenia—. Estoy esperando la respuesta.

—¿Con quién te has entrevistado?

—He usado el canal de comunicaciones interiores de la pantalla de televisión. Un ayudante de Budo me ha dicho que pasará mi petición a su jefe.

—Ese Budo debe de ser personaje de importancia aquí, ¿eh?

—Almirante de segundo grado, según la escala de rangos que se usa en Lihiare —explicó Jell.

Una voz sonó de pronto a espaldas de los dos jóvenes.

—Jell, Tyenia…

Ellos se volvieron a un tiempo y contemplaron al hombre que estaba parado a un par de pasos de distancia.

—Soy Haimos —se presentó el hombre, parpadeando a causa del sol que le daba en la cara—. Traigo la respuesta de Budo.

—Muy amable al enviarnos un mensajero personal-dijo Tyenia. —¿Cuál es la respuesta, Haimos?

—Hay un carruaje en la puerta. El control está graduado ya para conduciros directamente al despacho de Budo.

—Gracias, Haimos. Iremos ahora mismo —contestó Jell.

Haimos sonrió a la vez que hacía una ligera inclinación de cabeza. De pronto, Jell se fijó en que la sombra del individuo perdía intensidad.

Haimos giró sobre sus talones y echó a andar. Su sombra recobró de nuevo el tono normal.

—Es extraño —murmuró Jell.

—¿Cómo? —preguntó Tyenia.

—No, nada… ha debido de ser una nube… ¿Vamos?

—Desde luego.

Atravesaron el jardín y entraron en la casa. Cruzaron el vestíbulo y descendieron la escalinata, al pie de la cual se hallaba ya una cuadriga tirada por cuatro robots con figura de caballos.

Jell ayudó a la muchacha a subir a la plataforma. Ni siquiera le hizo falta empuñar las riendas y el látigo.

Los caballos arrancaron al instante, primero con suavidad, acelerando gradualmente, hasta alcanzar un galope aceptable.

—No comprendo esto —gruñó Jell, agarrándose al pasamanos, para soportar mejor las sacudidas del carruaje—. Un automóvil, movido por un robot con figura de motor de automóvil, sería mil veces más cómodo…

Tyenia se echó a reír.

—A ellos les gusta así —dijo.

El viento hizo ondear su cabellera y oprimió la blusa contra sus senos. Jell la miró de reojo y halló que era la figura de Diana revivida.

De pronto notó algo que le alarmó grandemente.

Los caballos corrían más de lo ordinario. Su «galope» poseía una velocidad muy superior a la de unos caballos auténticos.

CAPÍTULO XI

Calles, plazas, avenidas, canales con amplios puentes y edificios de todas clases, desfilaban ante la cuadriga, cuya velocidad, para Jell, resultaba anormal. Aunque los habitantes de Lihiare parecían poco propensos al asombro, la mayor parte de los transeúntes se volvían para contemplar la desatentada marcha del carruaje.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Tyenia, fuertemente asida al pasamanos—. ¿Por qué corren tanto los caballos?

—Eso me gustaría saber a mí también —contestó Jell, haciendo esfuerzos por soltar las riendas del pasamanos al que estaban atadas.

Una súbita sospecha invadió la mente de Jell. Pero no eran momentos de expresar en voz alta lo que pensaba.

El carro se dirigió raudamente hacia un anchuroso puente que cruzaba un caudal de aguas mansas, en cuya superficie abundaban las plantas acuáticas. Era un paisaje encantador… para ser contemplado con tranquilidad.

Los caballos acometieron el puente enloquecidamente. La gente, asustada, se apartaba al paso de aquella cuadriga que rodaba a una velocidad espantosa.

De repente, Tyenia lanzó un agudo grito.

—¡Jell! ¡Mira allí! ¡Frente a nosotros!

Los ojos del joven captaron la imagen de otra cuadriga que corría en sentido inverso, entrando en el puente en aquellos instantes. Jell adivinó en el acto lo que iba a suceder.

—¡Tenemos que saltar, Tyenia! —gritó:

Se soltó del pasamanos y agarró una de las manos de la joven.

—¡Ahora!

Los dos jóvenes rodaron por tierra varias veces. Jell sintió dolores en algunas partes del cuerpo, pero no se entretuvo en lamentaciones.

Tyenia yacía en el suelo, al parecer inconsciente. Jell corrió hacia ella y la alzó en brazos.

La baranda del puente estaba a cuatro pasos. Jell corrió hacia ella, pasó una pierna, luego la otra y, finalmente, se dejó caer al canal, a diez metros más abajo.

En el momento de la zambullida, captó una atronadora explosión. Soltó parcialmente a Tyenia, aunque reteniéndola por una mano, y se dejó ir al fondo, hasta que notó que el aire le faltaba en los pulmones.

Entonces, taloneó para remontarse a la superficie. Tyenia le seguía sin hacer el menor esfuerzo para ayudarle. Jell se dio cuenta de que todavía duraba su inconsciencia.

Sacó la cabeza fuera y se llenó los pulmones de aire. Luego, con la mano izquierda, procuró mantener la cabeza de Tyenia de modo que pudiera respirar aun en su inconsciencia. Movió las piernas y el brazo derecho y, lentamente, se acercó a la orilla.

Mientras nadaba, volvió la cabeza una vez. En el lugar donde se había producido la colisión de las dos cuadrigas, había un montón de hierros retorcidos, del que salía una espesa columna de humo.

* * *

Jell estaba ante la puerta del cuarto donde los médicos atendían a Tyenia, cuando oyó pasos rápidos por el corredor de suelo de mosaicos.

Era absurdo, se dijo. Ambiente romano… y batas blancas. Instalaciones médicas modernísimas en una decoración antigua de más de dos mil años con respecto a su edad actual.

Budo se le acercó con la aprensión pintada en el rostro.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Aguardo el dictamen de los médicos —dijo Jell—. No obstante, confío en que no será nada grave.

—He venido apenas tuve noticias del accidente. ¿Cómo pudo ocurrir una cosa semejante?

Jell apretó los labios.

—Budo, no fue un accidente —declaró.

El nativo se quedó pasmado.

—¿Cómo dices?

—Ya lo has oído. Alguien preparó un supuesto accidente para que Tyenia y yo muriésemos.

—Pero… pero eso es imposible. Nuestras máquinas no pueden cometer errores; su programadora de rumbos urbanos es perfecta…

—Había una programadora imperfecta. Dos, mejor dicho —ironizó Jell—. La otra cuadriga tampoco llevaba conductor ni siquiera ocupantes. Como la nuestra, los caballos conocían ya un rumbo determinado que debían seguir… ¡rumbo de colisión, Budo!

El nativo calló unos momentos.

—¿Crees… que han podido ser ellos? —preguntó al cabo.

—Si por «ellos» te refieres a los que Tyenia llama Zwigls, sí, estoy seguro —contestó Jell tajantemente—. Y Haimos, el hombre que nos transmitió tu mensaje…

Budo respingó.

—¡Jell, yo no conozco a ningún individuo llamado Haimos!

—¿Estás seguro? —preguntó el joven, frunciendo el ceño.

—Absolutamente —contestó Budo con rotundo énfasis.

—¿A quién diste el mensaje? —preguntó Jell

—Se lo encomendé a Grawor, mi primer ayudante en Lihiare.

—Y Grawor, naturalmente, envió a Haimos.

—Supongo —dijo Budo.

—¿Por qué no usó Grawor el canal de comunicaciones internas?

Budo calló.

—¿Le dijiste tú que enviara un mensajero personal para no parecer descortés llamándonos por televisión? —inquirió Jell.

—Yo sólo le dije que quería hablaros. Con Tyenia, sobre todo, naturalmente.

—Es decir, que dejaste a Grawor la elección de la forma en que había de ser transmitido el mensaje.

—Por supuesto. Para un asunto que apenas tenía importancia, no iba yo a indicarle lo que debía hacer.

—Sí, parece lógico —murmuró Jell, meditabundo—. Y también parece lógico que Grawor enviase una cuadriga para trasladamos a tu despacho. ¡Pero lo que ya no resulta tan lógico es que esa cuadriga se moviese automáticamente!

—¿Por qué no? Muchas veces sucede así…

—Menos cuando se trata de eliminar a dos personas que pueden resultar peligrosas —exclamó Jell.

—Peligrosas, ¿para quién?

—¡Para los Zwigls, diablos! —contestó el joven malhumoradamente.

—No entiendo por qué podéis resultar peligrosos…

—Yo tampoco, pero lo averiguaré. Por cierto, ¿está reparada la nave de Tyenia?

—Sí, completamente.

—Es una noticia muy reconfortante —comentó Jell. Y en aquel momento se abrió la puerta frente a la cual se hallaban.

Dos hombres y una mujer, todos vestidos con botas blancas, salieron del cuarto.

—Pueden pasar —dijo uno de los médicos.

Jell se precipitó en la habitación de la muchacha. Tyenia, pálida, pero sonriente, yacía en una cama, con un brazo vendado parcialmente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él con avidez.

—Bien —sonrió la joven—. Tengo el brazo izquierdo roto, pero mañana ya se habrá soldado el hueso. Aparte de eso, dolores en algunas partes del cuerpo… pero nada más. Jell, gracias por haberme salvado la vida.

—No te preocupes —contestó el joven—. ¿Has dicho que mañana tendrás soldado el hueso? —exclamó de repente.

—Sí. Al menos, eso me han dicho los médicos.

—Han empleado con ella el acelerador de regeneración de tejidos —explicó Budo, silencioso hasta aquel momento—. Mañana estará como si no le hubiera sucedido nada.

—Pues pasó bastante —gruñó Jell—. Tyenia, tu nave está reparada y en condiciones de despegue.

—Sí, Jell.

—Nos iremos de aquí en cuanto estés en condiciones, Tyenia.

—Si Budo lo permite…

—No hay inconveniente —declaró el aludido.

—Entonces, no se hable más. Budo, querría hablar contigo reservadamente.

—Por supuesto.

Jell dirigió a la joven una mirada de simpatía.

—Volveré más tarde —prometió.

Los dos hombres abandonaron la estancia. En el corredor, Budo miró a Jell inquisitivamente.

—¿Y bien?

—Tyenia me lo explicó parcialmente. Los Zwigls tienen espías infiltrados entre vosotros.

—Sí, es verdad.

—Y sabotean vuestros trabajos de desviación de la órbita del astro que amenaza con destruir el país.

—En efecto.

—¿No habéis podido descubrir a ninguno de ellos?

Budo lanzó un suspiro de resignación.

—No, jamás, no hemos podido nunca.

—Bien, esos Zwigls, por lo visto, son muy astutos, pero en esta ocasión han cometido un error. Budo, te pido carta blanca para descubrir a los espías.

El nativo reflexionó.

—No sé si debo…

—Se trata de un asunto vital, Budo.

—Pero, ¿podrás conseguir algo? —dudó Budo.

—Si no tuviera esas esperanzas, me limitaría a largarme mañana de aquí con Tyenia.

Budo le miró de frente.

—Tengo que confesarte una cosa, Jell —dijo.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Mi nave es la última que salió de Lihiare y pudo volver. Todas las demás se han perdido en el espacio.

El joven se llenó los pulmones de aire.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Sencillamente, que cada nave que despega es destruida por los Zwigls, por procedimientos que desconocemos.—Budo se abatió de repente—. Nuestra ruina es segura, Jell —dijo con acento patético.

Jell miró con simpatía a su amigo. El desánimo de Budo era evidente.

—Todavía hay una solución —exclamó—. Por cierto, ¿dónde está la nave de Tyenia?

—En los talleres-laboratorio. Hay algunas cosas nuevas en ella,

que nuestros científicos querían conocer.

El suelo vibró de repente. Jell frunció el ceño.

—Budo, ¿son frecuentes los movimientos sísmicos en tu país?

—No son extraños, aunque en los últimos tiempos se repiten con bastante frecuencia. Sin embargo, no tienen peligrosidad alguna.

—¡Hum! —dijo Jell—. Otra cosa, Budo. Necesitaré un arma.

—¿Un… arma?

—Sí, una pistola aunque sea del tipo más antiguo. Tal como se están poniendo las cosas, no me gusta circular por ahí con las manos desnudas, expuesto al ataque de un Zwigl traicionero y sin posibilidad de defenderme.

CAPÍTULO XII

Grawor estrechó la mano de Jell y dijo:

—Budo me ha encomendado que me ponga a tus órdenes.

—Sí, se lo pedí yo —contestó Jell con acento lleno de naturalidad—. Necesito que me ayudes, Grawor.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Quiero ir a ver la nave de Tyenia. Tú sabes dónde está, creo.

—En efecto. Espera un momento; voy a pedir un carruaje. El camino es un poco largo, ¿sabes?

—Sí, claro.

Grawor se acercó a la pared y pulsó el mando de comunicación interna. Habló con alguien brevemente y luego cortó el contacto.

—Ya está —informó—. El carro llegará dentro de unos minutos.

Un cuarto de hora más tarde. Jell y Grawor trepaban a la plataforma de una cuadriga. Grawor empuñó las riendas.

—Supongo que ahora guiarás tú personalmente en lugar de dejar que lo haga la programadora de ruta —dijo Jell.

Grawor sonrió.

—No temas —contestó sobriamente.

Los caballos mecánicos arrancaron en el acto. Sujeto al pasamanos. Jell quiso aclarar una duda:

—Grawor, ¿por qué no usáis caballos auténticos?

—Están en los parques de reserva biológica. Era una especie a punto de extinguirse y ahora se trata de que vuelva a aumentar su número.

—Entiendo. Lo que ya no comprendo muy bien es por qué no empleáis unos vehículos más rápidos y cómodos.

—Prisa no tenemos —sonrió Grawor—. Disponemos de todo el

tiempo que queremos. Trabajamos muy poco; nuestras necesidades están cubiertas de sobra. No tenemos que correr en busca de comida ni de ropa… y no me negarás que una cuadriga tirada por cuatro caballos blancos, aunque sean mecánicos, no es un carruaje elegantísimo.

—Visto desde ese ángulo, no me cabe la menor duda —contestó Jell.

Era una civilización grecorromana. Los carros tirados por caballos cuadraban justamente con el ambiente urbano.

Para salir al espacio, ya tenían astronaves… sólo que en los últimos tiempos eran destruidas implacablemente por los Zwigls.

Media hora más tarde, se detuvieron ante un gran edificio, de aspecto más funcional que los restantes, con la apariencia de un enorme hangar. Los caballos se detuvieron y Grawor se apeó.

—Aquí es.

Los dos hombres caminaron hacia una puertecita situada en uno de los ángulos del edificio. Grawor abrió y se echó a un lado para que Jell pudiera pasar.

La nave estaba situada bajo el colosal cobertizo, cuya pared posterior no existía, quedando, por tanto, al descubierto. Un hombre armado se puso rígido al ver a los recién llegados.

—No hay novedad —informó.

—Gracias —contestó Grawor—. ¿Quieres ver algo de la nave?

—Pues…

Jell pareció dudar unos momentos.

Estudió la situación. Atardecía.

El sol incidía oblicuamente en el cobertizo, entrando por la abertura posterior. Parte de sus rayos tocaban el casco de la nave de Tyenia.

—Ven aquí, Grawor, por favor —rogó instantes más tarde.

Grawor le siguió. Jell se colocó en el lado descubierto, con la espalda al sol.

—Mira ahí —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Grawor—. ¿Qué pasa?

—¿Cómo? ¿Es posible que no lo veas? Los Zwigls han colocado una bomba bajo el casco, para que haga explosión apenas despegue la nave.

Grawor pareció quedarse estupefacto. Jell no miró su cara.

Miraba la sombra que se recortaba alargadamente en el suelo, debido a la posición del sol, muy cercano ya al horizonte.

—Mira, mira bien bajo el casco —insistió Jell.

De repente, la sombra de Grawor perdió intensidad.

* * *

Fue un par de segundos tan sólo, pero se vio con toda claridad.

Parecía como si Grawor fuese a volverse transparente o, cuando menos, translúcido. No obstante, muy pronto la sombra recobró su aspecto normal.

Entonces, Grawor sintió que algo duro se apoyaba en sus riñones.

—Camina —ordenó Jell.

—¿Qué pasa? —exclamó Grawor—. ¿Por qué me amenazas?

—Escucha —dijo el joven—. Esto que tienes en los riñones es una pistola que vosotros, los Zwigls, llamáis pulverizadora. El nombre no hace a la casa; lo interesante son sus efectos… ¡Y apretaré el gatillo si no me obedeces estrictamente mis órdenes! ¡Camina hacia la nave!

Grawor rompió a andar y trepó por los peldaños de la escalerilla que conducía al interior de la astronave de Tyenia. La escotilla estaba abierta.

—Te aseguro que no entiendo nada, Jell —protestó Grawor.

—Lo sabrás ahora mismo —dijo Jell ceñudamente.

Una vez en la cabina, Jell empujó a Grawor y lo hizo caer sobre un sillón. Sin dejar de apuntarle con el arma, se inclinó ligeramente hacia él con expresión acusadora.

—Budo te ordenó que nos llamases —dijo.

—Sí, no tengo por qué negarlo.

—Y, en lugar de usar el canal de comunicación interna, enviaste a Haimos.

—Me pareció lo correcto, Jell.

—Sí, claro, sólo que Haimos, a indicación tuya, programó dos cuadrigas que debían colisionar en un punto céntrico de la ciudad. Una de esas cuadrigas estaría ocupada por Tyenia y por mí. Muertos los dos, esta nave quedaría, más que sin dueño, sin su experto piloto. ¿No era eso lo que pretendías, Grawor?

—Parece como si me acusaras de ser un traidor. Jell.

—Es que eres, Grawor.

Hubo un momento de silencio.

—Pediré a Budo que te castigue por difamarme —habló Grawor al fin.

—Pedir cuesta poco —sonrió Jell—. Dar, ya es otro cantar. Pero estrictamente no eres un traidor. No, en absoluto, no eres un traidor… a los tuyos, claro. Lo que sucede es que eres un Zwigl.

Los ojos de Grawor centellearon.

—¡Mentira! —dijo.

—Escucha, esta mañana, cuando Haimos nos transmitió tu mensaje, estábamos al sol. La sombra de Haimos perdió intensidad unos segundos… como te ha pasado a ti hace unos minutos, ahí afuera. ¿Quieres más pruebas, Grawor?

Un rugido de rabia se escapó de labios del individuo. Fue a levantarse del sillón, a la vez que llevaba la mano derecha a su cinturón, pero Jell fue mucho más rápido y el cañón de la pistola se estrechó contra el rostro de Grawor, arrojándolo violentamente contra el sillón.

La cara de Grawor empezó a sangrar. Pero no era una sangre roja la que brotaba de la herida, sino un líquido de un repulsivo color rosado que resbaló por la barbilla y el cuello en delgados hilillos.

Al mismo tiempo, el cuerpo de Grawor pareció perder su opacidad y empezó a volverse transparente.

* * *

El singular efecto duró algunos segundos tan sólo. Grawor recobró su apariencia normal y la sangre tornó a su color característico.

Jell alargó la mano izquierda y sacó del cinturón de su prisionero un tubo semejante a un lápiz, de unos veinte centímetros de largo, por dos de grueso, provisto en uno de sus extremos de una protuberancia esférica. Guardó el aparato y se encaró de nuevo con el Zwigl.

—¿Hablamos, Grawor?

Los ojos del sujeto brillaron de ira.

—No tengo nada que decir…

La pistola de Jell apuntó directamente a su pecho.

—¿De veras? ¿Quieres morir? —sonrió.

—¡Bah, es sólo un instante…!

De nuevo se movió la mano de Jell, ahora golpeando de revés. Grawor salió disparado del sillón y rodó por el suelo.

El Zwigl estaba aterrado. Jell sonrió.

—Todavía no has visto de lo que es capaz un terrestre cuando saca el genio a relucir. ¡Levántate!

Grawor obedeció. El cañón de la pistola se hundió en su estómago. Grawor se inclinó, lanzando un gemido de agonía.

El puño de Jell cayó sobre su nuca, derribándole de cara al suelo. Grawor sollozó:

—¡Basta, basta…!

Jell sonrió satisfecho. Era duro tener que obrar de tal manera, pero estaba en juego la suerte de un importante pedazo del planeta.

—De modo que eres un Zwigl —dijo Jell al cabo de unos instantes.

Grawor se sentó en el suelo y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Sí… —confesó desmayadamente.

—¿Cuántos sois en Lihiare?

—Unos… cincuenta…

—Debe de haber una lista. ¿Quién la tiene?

—Haimos… Es uno de los jefes…

—Pero simulaba ser un simple ciudadano.

—Sí.

—¿Dónde está ahora Haimos?

Grawor le dio una dirección. Jell procuró anotársela en la mente.

—Otra cosa más —dijo—. ¿Cómo propulsáis el astro contra el planeta?

Grawor vaciló. Pero la vista de Jell, dispuesto a seguir el «tratamiento», disipó sus dudas en el acto.

La respuesta de Grawor dejó a Jell sin aliento.

—Increíble —comentó.

Grawor sonrió desdeñosamente.

—¿Qué te creías? —contestó—. ¡Somos invencibles!

—No lo dirás por ti personalmente —dijo Jell con sarcasmo—. Han bastado cuatro golpes para que te conviertas en un traidor a los tuyos.

Grawor dejó de sonreír.

Miró a Jell con ojos llameantes de odio. De súbito, lazando un grito atroz, se puso en pie.

Su cuerpo perdió consistencia visual, tornándose translúcido. Al mismo tiempo, sus facciones se deformaron, adquiriendo una apariencia horrible.

Era una cara triangular, con ojos redondos, semiesféricos, sin pestañas, nariz casi plana y una leve hendidura en lugar de boca.

Sus manos, de dedos increíblemente largos, buscaron la garganta del joven. Jell apretó el disparador ce su pistola.

Un momento después, Grawor había desaparecido.

CAPÍTULO XIII

En el cielo brillaba un puntito rojizo, que no podía confundirse en modo alguno con una estrella.

A Jell le parecía aquel cuerpo celeste una reproducción de Marte a simple vista, contemplado en los momentos de máxima proximidad a la Tierra. Jell sabía, sin embargo, que aquel astro no era Marte.

Caminó rápidamente por las desiertas avenidas de Lihiare. En su interior, se admiraba de la confianza de los ciudadanos en su gobierno. Les habían dicho que el astro no caería sobre el planeta y estaban seguros de que el gobierno arbitraría soluciones para evitar la catástrofe.

El suelo tembló de pronto. Una gran losa se rajó, con sonido cristalino.

La cornisa de un edificio se desprendió y cayó, rompiéndose con gran estruendo. Se oyeron algunos distantes gritos de alarma.

Jell se detuvo ante un edificio de aspecto más bien corriente. Allí era donde estaba Haimos, el jefe de los espías Zwigl en Lihiare.

Se acercó a la casa y tanteó la puerta. Meneó la cabeza, mientras una sonrisa flotaba en sus labios.

Las puertas, en Lihiare, tenían una utilidad decorativa y ambiental, no de guarda de las casas. Si Haimos quería pasar por un nativo, no podía cerrarla con llave; nadie hacía tal cosa en la ciudad.

Cruzó el umbral. Un tenue resplandor penetraba de la calle y le permitió ver una escalera que conducía al piso superior.

Subió lentamente, paso a paso. Había una puerta entreabierta y por ella salía un rayo de luz.

Llegó al rellano y miró a través de la rendija. Un hombre estaba sentado ante una mesa, realizando una extraña operación.

Tenía delante de sí un cuadrado blanco de algo que Jell supuso papel. Con la mano derecha sostenía un tubito análogo al que Jell había arrebatado a Grawor.

El individuo paseaba el tubito de derecha a izquierda y de arriba a abajo, manteniéndolo a un par de centímetros de distancia. Parecía escribir, aunque no en la forma ordinaria.

Quizá grababa un mensaje, pensó Jell. De todas formas, poco importaba.

Empujó la puerta. El hombre volvió la cabeza.

—Hola, Hai…

—No soy Haimos —sonrió Jell

El individuo apretó los labios.

—¿Te envía Grawor?

—Sí.

—¿Qué quieres?

Jell decidió aprovechar la ocasión.

—Ha dicho que me entregues la lista de los agentes en Lihiare. Tengo que llevársela; es muy urgente.

—Muy bien, ahora mismo te la daré.

El hombre se levantó y se acercó a una pared.

Presionó un botón y parte del muro se descorrió a un lado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Yaro —contestó Jell, dando el primer nombre que le vino a la mente.

—Yaro. —El Zwigl se mordió los labios—. Tu nombre no figura en la lista —dijo de pronto.

—Grawor me ha aconsejado que lo cambie —respondió Jell sin pestañear.

—¡Ah!

El Zwigl se volvió y entregó a Jell un rollito de una sustancia parecida al papel, pero no lo era. La diferencia, sin embargo, era apenas apreciable.

—¿Dónde está Haimos? —preguntó Jell de pronto.

—Ha salido a hacer un trabajito —sonrió el Zwigl.

—¿Algo de importancia?

—Sí. Esa chica no puede seguir viviendo.

Jell se puso rígido. El Zwigl se extrañó de la expresión que había aparecido en la cara de su interlocutor.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Primero morirá la chica; luego, el otro tipo, ése llamado…

—¿Ha ido Haimos al hospital?

—¡Pues claro! Pero, ¿por qué lo preguntas…?

De súbito, la comprensión entró en la mente del Zwigl.

—Tú no eres uno de los nuestros —chilló.

Y retrocedió para apoderarse del tubito que ahora yacía sobre la mesa.

Jell fue mucho más rápido. La pistola escupió una invisible descarga y el Zwigl se convirtió en una nubecilla de humo.

El joven ya no perdió más tiempo. Giró sobre sus talones y se lanzó escaleras abajo, maldiciéndose a sí mismo por su estupidez al no haber pensado en que los Zwigl continuaban en Lihiare y que no desistirían tan fácilmente de su empeño. ¿Qué mejor ocasión para deshacerse de Tyenia que aprovechar su postración en una cama del hospital?

* * *

Reinaba un silencio absoluto. Todo el mundo dormía en el edificio.

Un hombre, vestido con una bata blanca, avanzó a lo largo del corredor. Alcanzó una puerta, orlada con una greca roja, azul y anaranjada, y escuchó atentamente durante unos segundos.

Haimos empujó la puerta. Al fondo, en la penumbra, estaba la cama donde yacía Tyenia.

La mano de Haimos se estiró. Sus dedos sostenían un tubo de unos veinte centímetros de longitud, por dos de grueso terminado en una esfera de cuatro centímetros de diámetro.

Un rayo de luz blanquísima brotó del extremo del tubo y se dirigió hacia la cama, de la que se elevó en el acto un chorro de humo oscuro y pestilente. Haimos sonrió y dio media vuelta.

Entonces, una mano le agarró por la nuca y lo zarandeó brutalmente. Antes de que el sorprendido Haimos pudiera recuperarse, se vio arrojado al suelo con tremendo ímpetu.

La luz de la estancia se encendió. Haimos, asombrado, miró a su

alrededor.

Tyenia estaba en pie, en uno de los rincones del cuarto. Jell se hallaba junto a ella.

Dos pasos más allá, estaba Budo. Los ojos del almirante contemplaron al caído con severidad.

—Levántate —ordenó.

Haimos obedeció, con la estupefacción pintada en sus facciones. Jell sonrió.

—Todavía no comprendes lo que ocurre, ¿verdad?

Haimos calló.

—Grawor ha muerto —siguió Jell—. También un tipo que estaba en tu alojamiento. Por si fuera poco, tenemos la lista de los agentes Zwigl en Lihiare.

—Y mis hombres están ya en camino para capturarlos y capturar la nave en la que pensabais huir mañana —añadió Budo.

Haimos respiró fuertemente.

—No importa —dijo—. Lihiare está sentenciada.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué os han hecho estas gentes? —exclamó Tyenia.

—Los Zwigl vamos a establecernos aquí —contestó Haimos.

—¿A cambio de una destrucción total?

—Sí. Mientras Lihiare y el país estén habitados, nosotros no podremos venir aquí.

—No lo entiendo —dijo Jell.

Haimos sonrió desdeñosamente.

—Está claro. Sólo nuestra raza debe sobrevivir —contestó.

Jell miró a Budo.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Salvajes —calificó sin vacilar.

—Una expresión incorrecta —dijo Jell—. El calificativo apropiado es fieras del espacio.

El suelo tembló perceptiblemente. Un cristal saltó en alguna parte.

—Todavía estamos a tiempo de impedir la catástrofe —dijo Budo—. Vuestros planes no se llevarán a cabo.

—Ya no hay nada que pueda modificarlos. Antes de cuarenta y ocho horas, el astro habrá caído sobre este planeta y el país quedará barrido por completo —dijo Haimos orgullosamente.

—Una destrucción total… para una reconstrucción posterior a estilo Zwigl, ¿verdad? —adivinó Jell.

—Exactamente.

—Pero no sois muchos, solamente algunos millares. En cambio, aquí, hay cientos de millones…

—Este planeta reúne condiciones favorabilísimas para nosotros. En cincuenta años, nuestro número se habrá multiplicado por mil.

—Y en otros cincuenta, tendréis que estar en pie, porque no podréis siquiera sentados —dijo Jell sarcásticamente.

Haimos se quedó parado.

—No se os había ocurrido pensar en el problemita de la superpoblación, ¿verdad? De todas formas, poco importa ya.

Haimos se enderezó.

—Nuestra derrota no es que sea inimaginable, es que resulta imposible —dijo.

—¿Por qué?

—La única persona que podría lograrlo está fuera de combate.

—¿A quién te refieres?

Los ojos del Zwigl se dirigieron hacia Tyenia.

—Está viva, en perfecto estado de salud —dijo Jell.

—Lo sé. Pero su nave ha sido inutilizada.

—¿Por quién, me haces el favor?

—Grawor.

—¿Estás seguro?

—Sí. Me dijo que lo haría hoy antes de que se hiciera de noche.

Jell sonrió.

—Grawor ha muerto —anunció de nuevo.

—Ya lo has dicho antes. Pero cumplió su promesa.

—Te equivocas. Cuando Grawor murió, quedaba todavía una hora de sol. No tuvo tiempo de hacer nada en la astronave de Tyenia.

La cara de Haimos se descompuso.

Rugió horriblemente. Tomó su aspecto natural y sus larguísimos dedos, como había hecho Grawor, buscaron la garganta del joven.

Jell disparó. Haimos se convirtió en humo.

El suelo retembló de pronto. Tyenia se tambaleó y hubiera caído de no ser sostenida por los fuertes brazos de Jell.

—Tenemos que salir de aquí —dijo el joven.

Budo asintió. En la calle, Jell levantó la vista al cielo.

—No quisiera ser pesimista, Budo —dijo—. Tyenia y yo haremos todos los posibles por ayudaros, pero…

—Pero ¿qué, Jell?

—La amenaza que se cierne sobre vuestro país no procede solamente del exterior —contestó Jell con grave acento.

Una vez más, se percibió un temblor en la tierra. A lo lejos, un edificio se derrumbó estrepitosamente.

—¿Comprendes ahora, Budo?

—Sí, lo entiendo —respondió el almirante, con la cara cubierta de sombras.

CAPÍTULO XIV

Jell llenó una copa de vino y se la entregó a Tyenia.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Mucho mejor —sonrió la joven—. Dentro de unas horas tendré el brazo en condiciones.

Jell bebió un trago de vino.

—Lástima —dijo—. Esto se va a perder para siempre.

—¿Tan pesimista te sientes?

—Sí.

Tyenia contempló al joven con asombro.

—Hay todavía una posibilidad…

—Ninguna —decretó Jell tajantemente.

Estaban en la nave, la cual había salido ya fuera del cobertizo. A tiempo lo habían hecho, puesto que minutos más tarde, el hangar había sido derribado por una terrible convulsión geológica.

—Hablas muy seguro de ti mismo —observó Tyenia.

—Tengo motivos para ello —contestó Jell—. Ven, mira.

La muchacha se puso en pie. Jell se acercó a uno de los mamparos de la cabina y presionó una tecla.

Una pantalla visora se iluminó en el acto, mostrando la superficie del planeta contemplada desde varios miles de kilómetros de altura.

—¿Ves el continente sobre el cual se asienta Lihiare? —preguntó.

—Sí.

—Es una fotografía, no una imagen emitida directamente por un satélite de observación. Para el caso, sin embargo, es lo mismo.

—¿Y bien, Jell?

—Lo he sabido, encadenando hechos e incluso leyendas. Ahora sé que el continente desaparecerá bajo las aguas.

Tyenia se puso pálida.

—Y… ¿se perderá está civilización tan maravillosa?

—Sí. Para siempre.

—Pero los Zwigl…

—Los Zwigl han sabido entrar, hasta cierto punto, en el futuro, pero no de una manera completa. A ti te perseguían porque sabían que tu existencia ponía su plan en peligro. Sin embargo, no calcularon otros factores y, aunque ahora murieses, aunque no hiciésemos nada, sus proyectos quedarían convertidos en humo.

—No… no entiendo —dijo Tyenia.

Jell dejó la copa sobre una mesa auxiliar y apagó la pantalla.

—El problema no está en la desaparición de Lihiare, cosa ya decretada de antemano por el curso de los acontecimientos, sino en la superficie, donde no hay astronaves suficientes para la evacuación de la población y en donde, además, no se han tomado las medidas necesarias para evitar la catástrofe. El problema, en fin, reside igualmente en la supernave de los Zwigls.

—Creo que te entiendo, Jell —dijo ella.

—Los habitantes de Lihiare ya tuvieron roces con los Zwigls, pero en el espacio, no en la superficie. Lihiare ganó siempre y ahora los Zwigls se van a tomar el desquite.

—¡Pero hay un modo de evitarlo!

Jell meneó la cabeza.

—La caída del astro, en modo alguno. Y aunque el astro, no cayera, la catástrofe se produciría igualmente. En mi planeta son muchísimas las leyendas que hablan de esa catástrofe, que aunque no hay el menor testimonio escrito o gráfico de la misma.

Tyenia levantó la vista al cielo, donde el astro propulsado por los Zwigls se veía ya de mayor tamaño, pareciendo una roja pelota al devolver los rayos del sol en el ocaso.

—Y los Zwigls tomarán posesión de lo que reste del continente tras la catástrofe —dijo.

—Con vosotros quisieron hacer algo parecido, ¿no es cierto?

—Sí, pero los rechazamos, Jell.

—Tyenia, debes ayudarme —pidió el joven—. Los Zwigl no pueden establecerse en la superficie de este planeta.

Los ojos de la muchacha brillaron.
—Haré lo que tú me digas. Jell —aceptó sin vacilar.
—¿Qué armas tienes a bordo?
—La coraza de energía, en primer lugar. Luego, proyectiles de fuerza pura.
—¿Podría destruir uno de esos proyectiles la supernave zwigliana?
—Lo dudo mucho, Jell.
—Pero podríamos intentarlo, ¿no?
—En efecto.
Un nuevo temblor de tierra sacudió la superficie. Jell y Tyenia vieron derrumbarse grandes edificios, con enorme estruendo.
—Este mundo se acaba —dijo él melancólicamente—. Será mejor que despeguemos, Tyenia.
—Sí, Jell.

* * *

Ya estaban en el espacio, a miles de kilómetros de altura. La zona donde se asentaba Lihiare estaba a oscuras, debido a que el sol se hallaba en el lado opuesto del planeta. Los ojos de ambos jóvenes, sin embargo, estaban fijos en aquel astro que se acercaba tan vertiginosamente a su destino.
Jell contemplaba el espectáculo a través de una de las ventanas de la cabina. En el suelo de la misma se había levantado una trampilla.
Tyenia se hallaba bajo la cabina, trabajando afanosamente en unos aparatos que para Jell resultaban incomprensibles. La muchacha había aprobado su idea y estaba dispuesta a llevarla a la práctica.
—¡Jell! —llamó ella de pronto.
—Dime, Tyenia.
El joven se levantó y se inclinó por el hueco. Tyenia, con la cara tiznada, levantó la vista.
—La potencia de mi nave quedará mermada —dijo.
—¿Y no podrás regresar a Jimor IV?
—Tardaré, más tiempo —sonrió Tyenia.
—No te importará mucho, creo.

—Por supuesto.

—La aceleración, imagino, será más lenta, pero igualmente efectiva, ¿no es así?

—Desde luego.

—Entonces, no te preocupes de más. ¿Quieres algo de comer?

—Tráeme una tableta alimenticia.

Jell se echó a reír.

—Parece que ya no recuerdas la gran cámara frigorífica que hizo instalar el buen Budo, elemento, al parecer, desconocido para vosotros.

—Sí, es cierto.

—Entonces te traeré comida de verdad, Tyenia.

Ella continuó trabajando. Sabía que de su labor dependían muchas cosas.

Entre ellas, no sólo el futuro del planeta en el que se iba a producir una gran catástrofe, sino su propio futuro.

Cuando amaneció en Lihiare, Tyenia tenía ya listo su proyectil.

El astro había recorrido ya cientos de miles de kilómetros. Su distancia al planeta era de menos de cien mil kilómetros.

Jell encaró uno de los objetivos hacia Lihiare. El mando de aproximación le hizo ver una ciudad ya medio en ruina.

El continente, por otra parte, se agrietaba. En las costas se producían hundimientos espectaculares.

De repente, Tyenia divisó delante de ella un vivo centelleo luminoso.

Jell lo advirtió también y se extrañó:

—¿Qué es eso, Tyenia? —preguntó.

—Nos hacen señales. Quieren parlamentar con nosotros.

—¿Los Zwigls?

—Sí.

—Resultará interesante —murmuró Jell—. Anda, da contacto.

Tyenia manejó una serie de palancas y botones en su cuadro de mando. A los pocos segundos, se iluminó una pantalla auxiliar, bajo la cual había un aparato idéntico a la traductora automática que usaban ellos, aunque de mayor tamaño.

La imagen de un Zwigl, en su figura natural, apareció acto seguido en la pantalla.

—¿Quiénes sois? ¿Adónde vais?

—¿No crees que nosotros también podríamos hacerte la misma pregunta? —dijo Jell.

—Eres muy orgulloso —dijo el Zwigl—. Pero de nada te servirá tu orgullo. ¿Sabes que vas a morir, con esa mujer que llevas al lado?

—No me digas —se burló Jell—. Estoy muerto de miedo, cara de triángulo.

El Zwigl no se inmutó.

—Lihiare está condenada a la destrucción y con ella todo el planeta. Nosotros, los Zwigls, nos estableceremos en el continente cuando se hayan disipado los efectos de la catástrofe.

—¿Y por qué en ese continente y no en otro? —quiso saber Jell —. El planeta tiene más continentes…

—Es el adecuado para nosotros —declaró el Zwigl.

—Entonces, ¿no habéis hecho estudios sobre los demás?

—¿Para qué, si no íbamos a habitarlos por el momento? Cuando necesitemos ocuparlos, haremos los preparativos necesarios para su ocupación.

—Desalojando a sus actuales pobladores.

—A unos seres inferiores, cuya única diferencia con las bestias salvajes es que caminan erguidos

—dijo el Zwigl desdeñosamente.

—No. hay cosa peor que subestimar al enemigo —declaró Jell con acento sentencioso—. Eso será causa de vuestra perdición.

—Vosotros ya estáis perdidos. ¿Acaso no os dais cuenta siquiera de nuestro inmenso poder?

—Oh, sí, claro; habéis arrancado de su órbita a un cuerpo celeste de cuatrocientos kilómetros de diámetro y lo arrojáis sobre el planeta. Pero os habéis tomado un trabajo inútil.

—Toda la vida morirá en Lihiare y en su continente. La sacudida será tan terrible, que nadie quedará vivo.

—Entre los muertos, figurarán vuestros espías. ¿Sabes que los han capturado?

El Zwigl pareció acusar el impacto de aquella noticia.

—No les importará morir por los demás —dijo.

—Son puntos de vista —contestó Jell—. Quiero hacerte una pregunta.

—Desde luego —accedió el Zwigl, con fingida benevolencia.

—Supongamos que, a pesar de vuestros esfuerzos, no pudierais

habitar Lihiare. Tendríais que preparar el desembarco en otro punto, ¿no es cierto?

—Así sería, pero no se dará el caso.

—Estamos hablando en hipótesis —dijo Jell—. ¿Cuánto tiempo os costaría preparar el desembarco en otro punto?

—¡Oh…! —exclamó el Zwigl y pareció dudar—. Algunos años… No es tan sencillo como parece.

—Sobre todo, porque debéis acondicionar vuestro cuerpo para poder vivir sin dificultades en la superficie.

—Sí, eso es verdad.

—Bien, en tal caso, te diré que ya podéis empezar a estudiar el desembarco en otro sitio, porque Lihiare y su continente se hundirán bajo las aguas en un plazo muy breve.

CAPÍTULO XV

El Zwigl se quedó atónito.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? —rugió.

Jell se echó a reír.

—Vosotros, tan listos, que incluso penetrasteis en el futuro, para saber que una nave jimoriana podía provocar el fracaso de vuestros planes… ¿y no habéis sabido prever lo que iba a suceder en Lihiare?

El Zwigls no sabía qué decir.

Jell continuó:

—Sí, esta es la nave que hará fracasar para siempre vuestros planes de destrucción, previos a los de conquista… y después de que hayamos actuado nosotros, los Zwgils habrán desaparecido para siempre del espacio.

—¡No! —gritó el Zwigl—. ¡Eso no ocurrirá! Os destruiremos a los dos… ¡y desde dentro de vuestra propia nave!

Jell frunció el ceño.

Aquella frase… ¿no tenía un significado especial?

—Tyenia —dijo de pronto.

—Sí, Jell —contestó la muchacha.

—La pistola, pronto.

Ella se puso en pie y corrió a buscar el arma. Una burlona carcajada brotó de la pantalla.

—No todos nuestros agentes en Lihiare resultaron capturados —dijo el Zwigl.

Tyenia extrajo la pistola. Jell se puso en pie.

—Quédate aquí y mantén la coraza de energía. No dispares el proyectil especial hasta que te lo ordene.

—De acuerdo.

Jell lanzó una mirada hacia la pantalla.

—Y dile a ese bruto que pronto podré darle noticias del tipo que se coló de polizón en la nave.

Tyenia se estremeció.

—¿Cómo? ¿Crees que hay un Zwigl a bordo?

—Ese tipo acaba de decirlo, ¿no? Voy a buscarlo y…

Ella le dirigió una mirada ansiosa.

—Ten cuidado, Jell —aconsejó.

—Sí, querida.

Jell caminó cautelosamente por el corredor, asomándose a las puertas de las distintas cámaras, sin encontrar a ningún extraño. Examinó también el cuarto de pertrechos con análogo resultado e incluso miró en la esclusa de acceso a la nave.

—Es curioso —murmuró—. ¿Dónde diablos ha podido meterse?

Por medio de un interfono se puso en contacto con la muchacha.

—Tyenia, ¿crees que ese sujeto puede estar en el compartimento de motores?

—No. Lo habría visto yo inmediatamente y su presencia física se haría notar también en los instrumentos. ¿Es que no aparece?

—Por ahora, no.

—¿Y si se tratase de algún ardid del Zwigl?

—¿Sigue en pantalla todavía?

—Sí, Jell.

—Pregúntale, anda, por favor.

Tyenia le llamó a los pocos momentos.

—Insiste en que hay uno de los suyos a bordo, Jell.

—Pues ya no sé dónde mirar… ¡Espera! Pero, si tenemos un compartimiento nuevo y no lo he examinado todavía.

—¿Cuál, Jell?

—El frigorífico.

Jell corrió hacia el lugar donde el previsor Budo había hecho instalar el frigorífico. Puesto que sobraba espacio y consideraba que la pareja iba a viajar largamente por el espacio, la cámara era enorme y almacenaba gran cantidad de víveres.

Abrió la puerta y husmeó por todas partes. El Zwigl no daba señales de vida.

De repente, se fijó en la puerta del fondo.

El frigorífico tenía dos compartimentos, uno de los cuales era de

temperatura baja media, en tanto que en el otro los alimentos estaban congelados a unos cincuenta centígrados bajo cero. En el primero estaban los víveres de uso inmediato, preservados a diez grados bajo cero.

Jell se acercó y abrió la puerta de la segunda cámara.

Estuvo unos momentos inmóvil. Luego hizo un gesto con la cabeza.

—No supiste hacerlo bien, muchacho —dijo.

Colgó la pistola del cinturón y avanzó hacia el inmóvil Zwigl. Cargó con él y lo llevó a la cabina de mando.

Tyenia lanzó un agudo grito al ver aquella figura, que parecía un muñeco de color blanquecino. Jell lo situó frente al objetivo de la pantalla y sonrió.

—Este es tu agente —dijo.

El Zwigl estaba anonadado.

—¡Muévete! —gritó, dirigiéndose a su subordinado—. ¡Haz algo, mátalos!

Jell se echó a reír.

—Tu amigo cometió un grave error —dijo. Sacó la pistola y exclamó—: ¡Mira!

Con la culata del arma, golpeó dos o tres veces al Zwigl, cuyo cuerpo se rompió en mil pedazos, que se desparramaron por el suelo con cristalinos sones.

—Así haremos con vosotros —dijo Jell, ahora ya sin sonreír.

El asombro del Zwigl dejó paso a una expresión de cólera infinita.

—¡Vais a morir! —chilló.

Jell ocupó su sillón.

—Tyenia, prepárate —dijo—. Ha llegado el momento.

Pálida, pero serena, ella hizo un gesto de asentimiento.

Su mano derecha estaba apoyada en una determinada tecla del cuadro de mandos.

* * *

La astronave de Tyenia describió una veloz curva en el espacio y pasó al otro lado del astro, que continuaba su órbita de colisión inmutablemente.

Entonces divisaron la supernave Zwigl.

Su apariencia era, incluso, superior a lo que Jell podía imaginarse, según las declaraciones de Grawor.

Realmente, era un pequeño planetoide, de unos noventa kilómetros de diámetro. Situado tras el astro, aparentemente en contacto con él, lo «empujaba» literalmente hacia el planeta.

Varios rayos de energía pura partieron de la supernave Zwigl hacia la de Tyenia. La coraza de fuerza invisible rechazó aquellas descargas.

—¡Ahora, Tyenia! —gritó él.

El dedo de Tyenia se apoyó sobre la tecla. Delante de la nave y durante una milésima de segundo, se produjo un vivísimo chispazo.

El fogonazo se reprodujo, con mayores dimensiones, a unos miles de kilómetros de distancia. Por el momento, pareció que la supernave zwgliana se mantenía en idénticas condiciones.

De pronto, aquella gigantesca esfera de metal se separó del astro.

—¡Conecta la pantalla! —gritó Jell.

No hubo imágenes, pero sí entraron en la cabina gritos y chillidos de rabia y de furor: era evidente que los Zwigl se sentían impotentes para sustraerse a la catástrofe.

La nueva órbita de la supernave difería sensiblemente de la anterior. A cada segundo que pasaba, su aceleración era patente.

En pocos minutos, la nave zwgliana adquirió una terrible velocidad. De súbito se produjo un gran fogonazo y desapareció de la vista de los dos jóvenes.

—Han recibido lo que se merecían —masculló él.

Tyenia no dijo nada por el momento.

Al cabo de un rato, sin embargo, hizo una pregunta:

—¿A dónde habrán ido a parar. Jell?

—No lo sé —contestó él—. Tu proyectil de energía pura iba acelerado, si se puede emplear la palabra, por uno de los motores de la nave. La combinación motor-proyectil interfirió por completo, tal como yo lo había calculado, no sólo el desplazamiento orbital de la supernave zwgliana, sino el funcionamiento de sus propias máquinas.

—¿Y no podrán corregir su rumbo algún día?

—Tal vez —dijo él—. O no, ¿quién sabe? Es imposible asegurar

una cosa en un sentido o en otro. ¿Y si han ido a parar a alguna dimensión desconocida? Encontrarán otros mundos habitados, acaso por salvajes… acaso con una civilización superior a la suya. Como sea, no creo que regresen a nuestro tiempo.

Tyenia asintió.

La amenaza Zwigl había quedado eliminada.

—Y ahora —dijo—, yo tendré que regresar a mi planeta.

Miró a Jell con ojos húmedos.

—¿Querrás venir conmigo? —invitó.

Jell levantó una mano.

—Espera —contestó—. Mira.

Ella obedeció. El asteroide desplazado se precipitaba ya hacia el planeta.

A simple vista podían observar la superficie del continente, cada vez de menores dimensiones. Los hundimientos eran constantes; a veces, desaparecían en el seno de las aguas extensiones de decenas de miles de kilómetros cuadrados.

«Una catástrofe sin precedentes», pensó Jell.

El asteroide continuó su vertiginoso descenso. De pronto, sus bordes tomaron un vivo color rojo.

—Ya ha entrado en la atmósfera —anunció Jell.

Se produjeron gigantescos remolinos que alcanzaban a miles de kilómetros. Vientos colosales barrían la superficie del planeta en toda su extensión.

Al fin, el astro llegó a su destino.

Entonces se vio un colosal relámpago que apagó por unos instantes la luz del sol. Chorros de fuego y humo se elevaron a gran altura.

Las aguas se vaporizaron y cubrieron el lugar de la catástrofe de una espesa capa de nubes. A Jell le pareció incluso ver que el planeta, pese a su incalculablemente superior masa, se había movido como consecuencia del colosal impacto.

Tyenia permanecía silenciosa.

Jamás había presenciado nada igual.

—Han muerto miles de millones de seres humanos —dijo al cabo de un rato.

—Hubieran muerto igual —aseguró Jell—. Era un continente que estaba destinado a desaparecer de todos modos.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Cómo puedes asegurar una cosa semejante? —exclamó.

—Ya te he dicho que es una leyenda en la Tierra, aunque con notables visos de certidumbre. Tengo la sensación de que tú y yo hemos sido los únicos mortales que hemos contemplado la destrucción de la Atlántida.

CAPÍTULO XVI

—La leyenda —continuó Jell—, habla de un cuerpo celeste que cayó sobre el planeta y produjo catástrofes sin cuento. El astro chocó directamente sobre el continente que se hallaba en medio de otros dos y ese continente desapareció totalmente, salvo algunos picos aislados, que forman distintos archipiélagos: islas Madera, Cabo Verde, las Canarias… Ello ocurrió en una época imprecisa, pero distinta de la mía en varias decenas de miles de años, quizá cien mil o más.

Tyenia se espantó.

—Entonces, hemos retrocedido en el tiempo…

Jell asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—Así es —confirmó—. Nuestra huida, cuando nos perseguían los Zwigl, resultó demasiado veloz acaso o quizá «rompimos» el muro que nos separaba de la dimensión temporal y, al surgir, aparecimos a miles de años adelantados a la época en que nos encontramos. Esto es difícil de explicar, Tyenia: si miramos desde allí, estamos atrasados; si miramos desde aquí, estamos adelantados.

—Pero lo comprendo —sonrió ella—, aunque no entienda muy bien el fundamento de nuestro viaje temporal.

—Los Zwigl, por lo visto, hacían esos viajes sin dificultad alguna, aunque se callaron el secreto. Ahora bien, debían de estar cansados de vagar por el espacio y decidieron afincarse en algún sitio. Eligieron la Tierra, tras su fracaso en Jimor IV… y fracasaron también.

—Jell, ¿no crees que las primeras descargas que nos dispararon, a raíz de habernos conocido, pudieron influir en los mecanismos de mi nave y hacernos retroceder en el tiempo?

—Es posible. Ello, unido a la velocidad de fuga, produjo nuestro viaje temporal, en el cual no salimos del Sistema Solar.

—Pero tú decías que las constelaciones de las dos Osas estaban en distintas posiciones de las que conocías.

—En efecto, así es… pero las constelaciones no permanecen nunca fijas en un mismo sitio, sino que giran alrededor de un punto determinado del espacio. Ese giro puede durar decenas o centenas de miles de años, al cabo de los cuales, las dos Osas ocuparán la posición que yo conozco en mi época. Pero veinte mil años después de mi época, la Estrella Polar ya no será nuestro norte, sino Vega, de la constelación de la Lira. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí —contestó la joven. Se mordió el labio inferior y dijo—: Jell, lo difícil ahora es volver a nuestra época.

—Sólo tenemos una solución, querida —dijo él.

—¿Cuál?

—Invertir el viaje a la misma velocidad.

Tyenia dirigió la mirada hacia la Tierra. La atmósfera se aclaraba gradualmente.

Un gran océano, que separaba a dos continentes, apareció ante sus ojos. Jell sonrió.

—La Atlántida, que yo no conocía geográficamente, me impidió reconocer a mi planeta cuando nos acercamos a él —dijo—. Ahora, los continentes que flanquean el océano, han tomado la forma definitiva para muchos miles de siglos.

—¿Volverás a la Tierra… si regresamos a tu época? —preguntó ella.

—Creo que sí, aunque no me disgustaría tampoco conocer tu mundo.

Los ojos de la joven continuaban fijos en la Tierra.

—¿Habrán quedado supervivientes? —preguntó.

—Algunos, en estado primitivo, por supuesto. Ya lo estaban; sin saberlo, convivían dos pueblos de civilizaciones diametralmente distintas. Unos, los de Lihiare, con una cultura adelantadísima, que no les impidió ser destruidos. Otros, todavía en la Edad de Piedra…, pero luchando, sin saberlo, por alcanzar un mayor grado de cultura.

—Luchando por llegar un día a las estrellas —dijo Tyenia.

—Sí. Todavía pasarán, quizá, miles de años antes de que conozcan siquiera la rueda. Pero el ser humano pertenece a una

raza que mira siempre hacia adelante. Ellos están en estado salvaje, es indudable; sin embargo, desde el momento en que adquirieron inteligencia por evolución natural, empezaron a escalar el cosmos.

Tyenia suspiró.

—Jell, creo que es hora de iniciar la partida —dijo.

El joven asintió. Sus ojos se posaron sobre la superficie de su planeta, cuyos pocos habitantes iniciaban ahora, tras la catástrofe, su escalada al cosmos.

La mano de Tyenia se apoyó sobre la palanca de arranque. Lentamente, la nave empezó a tomar el rumbo que la devolvería a su época.

—La Atlántida —murmuró, mientras se alejaban—. Pero ellos no la llamaban así, Jell.

—No, es un nombre inventado mucho más tarde por la mitología —contestó el joven—. Tú tampoco llamas Centauro a tu estrella, ¿verdad?

—Es cierto —sonrió Tyenia—. Nosotros la llamamos Abray…, aunque espero que no suceda nada parecido a lo que ha ocurrido en la Tierra.

—No sucederá —aseguró Jell con voz firme.

La nave aceleró.

* * *

Jell se encontró tendido en el suelo. Parpadeó, aturdido, al mirar a su alrededor.

Abajo, en el valle, los trabajos continuaban a ritmo febril. Pero, ¿qué sucedía? ¿Por qué estaba de nuevo en Plutón?

Las tres naves de la operación «Cosmos» brillaban, rutilantes, en sus emplazamientos. El campamento tenía una apariencia normal.

«¿He soñado?», se preguntó el joven, aturdido.

Una voz resonó de pronto en el interior de su casco.

—¡Profesor Kraus! ¡Profesor Kraus! ¿Dónde está? ¡Conteste inmediatamente!

Jell carraspeó para aclararse la voz.

—Adelante —dijo—. Le oigo bien, claro y fuerte.

—Regrese en el acto. Se ha anticipado la fecha de partida. Los sismógrafos detectan señales de actividad geológica bajo la corteza

de Plutón. Eso es todo, profesor.

—Enterado.

Jell se puso en pie.

Inició el descenso hacia el valle. Pero, ¿no había visto hundirse todo en el cráter de una colosal erupción volcánica?

El almirante Yuvanov le recibió en su cámara.

—Estábamos preocupados por usted, profesor —dijo—. Ha permanecido ausente casi doce horas.

—Lo siento, señor —se excusó Jell—. Me… me quedé dormido…

—Es usted un hombre afortunado —sonrió Yuvanov—. Yo tengo los nervios a punto de estallar.

—La inminencia de un cataclismo, ¿no?

—Algo más, profesor. Sí, el cataclismo es inminente, pero no tanto que nos impida despegar sin el menor riesgo. Lo que más me asombra son las señales que hemos recibido.

—¿Señales?

—Sí. Unas señales visuales y sonoras al mismo tiempo… Las hemos grabado en cinta… ¿Sabe usted, profesor? Esas señales proceden de Centauro. Hay vida, vida inteligente en nuestro punto de destino. ¿Comprende ahora el porqué de mi nerviosismo?

Jell asintió.

—Sí, señor, le comprendo perfectamente.

La distorsión temporal del viaje de regreso le había hecho volver a una época ligeramente anterior al cataclismo. Había podido ver la catástrofe que se hubiera producido inevitablemente de no haber variado la onda temporal en el viaje de vuelta.

Había estado en tres épocas: la de la catástrofe en Plutón, la de su estancia en Lihiare y la actual. La primera era solamente una probabilidad de algo que podía ocurrir y que no ocurriría.

Ninguno de los componentes de la expedición sabría que había muerto en una esfera temporal distinta de la suya real. Era, simplemente, un futuro posible que no se había realizado.

En cambio, lo que ocurría actualmente, en aquel momento, era plenamente real y tangible en todos los órdenes.

¿O bien lo había soñado?

De pronto, Yuvanov dijo:

—Profesor, ¿qué significa ese medallón que lleva usted al

cuello?

Jell respingó. Bajó la vista.

Se echó a temblar.

Era la máquina traductora. Sus aventuras con la hermosa Tyenia no habían sido un sueño.

—Pues…, pues… un recuerdo de familia —dijo evasivamente. De pronto exclamó—: ¿Podría ver esa grabación audiovisual, almirante?

—Por supuesto —accedió Yuvanov—. No lo diga a nadie; todavía es secreto. Lo divulgaré cuando ya estemos en vuelo, para dar ánimos a los componentes de la expedición, ¿comprende?

—Sí, señor.

El almirante puso en funcionamiento la repetidora de programas. Una pantalla de televisión se iluminó en una de las paredes de la cámara.

Jell vio el negro espacio, constelado de estrellas. En una de ellas se veía oscilar un punto luminoso, siguiendo un ritmo determinado.

Luego se oyó una voz femenina. Yuvanov dijo:

—¡Cómo me gustaría entender lo que dice esa mujer!

Jell sonrió.

La voz pertenecía a Tyenia.

Y él entendía perfectamente lo que decía la muchacha:

—Ven pronto, Jell… Te espero… Ven, ven…

Sí, pensó el joven. Por llegar a Tyenia, escalaría el Cosmos.

FIN